1/156

UNA BUENA MUCHACHA

(LA BUONA FIGLIOLA, de Sabatino Lopez)

COMEDIA EN TRES ACTOS

adaptada a la escena española

POR

ENRIQUE TEDESCHI y ANTONIO FERNANDEZ LEPINA

Copyright, by Enrique Tedeschi y Antonio Fernández Lepina, 1915

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1915

UNA BUENA MUCHACHA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

UNA BUENA MUCHACHA

(LA BUONA FIGLIOLA, de Sabatino Lopez)

COMEDIA EN TRES ACTOS

adaptada a la escena española

POR

ENRIQUE TEDESCHI y ANTONIO FERNANDEZ LEPINA

Estrenada en el TEATRO ESLAVA el 9 de Febrero de 1915

MADRID

R. WEISAGOO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CRISTINA	María Palou.
PURA	Carmen Jiménez.
DOÑA RAFAELA	Sofía Alverá.
CAROLINA	Juana Manso.
ANA	Regina Vázquez.
ELISA	Luz Romea.
JUANITA	Teresa Alfonso.
RAMÓN	Francisco García Ortega.
JERÓNIMO	Francisco Alarcón.
FERNÁNDEZ	Arturo La Riva.
PEPE	Pedro Guirau.
BERAZA	Manuel París.
RIPOLL	José Mora.
MATEO	José Gómez.

El primer acto en un pueblo de Castilla. Los dos restantes en Madrid.—Epoca actual

Nota. Suprimido de esta comedia todo aquello que pudiera ser considerado como superfluo o demasiado extenso en la representación, se ruega a los directores de escena que no hagan ningún corte en este ejemplar.

JUICIOS

QUE ESTA OBRA HA MERECIDO DE LA CRÍTICA

(De *El Liberal.*)

«Por fin hemos tenido la satisfacción de ver una obra traducida al castellano digna por todos conceptos de ser conocida en nuestro idioma. Comedias como la del autor italiano Sabatino López, titulada UNA BUENA FIGLIOLA, no sólo pueden, sino que deben ser vertidas al español. De la traducción de esa obra nadie, seguramente, se lamentará. Tráiganse, pues, en buen hora a nuestro teatro comedias como la indicada y a todos parecerá bien tal aportación, por tratarse de una producción altamente artística, así por su pensamiento como por la forma bellísima en que está desarrollada.

UNA BUENA MUCHACHA es una comedia delicadísima, fina, verdaderamente exquisita por su asunto, por su diálogo, siempre justo, oportuno y agradable, y por la verdad y el arte de buena ley que en toda ella domina.

La protagonista es una pobre criatura de gran corazón que, lejos de su hogar, vive una existencia equívoca, a que le han conducido las circunstancias y tal vez la irreflexión; pero en la que, gracias a su generoso protector, nada le falta. La comodidad, el regalo, el lujo, todo lo tiene la muchacha; pero ésta se acuerda siempre de su familia, que vive en el pueblo, y siempre que puede va a pasar allí una temporada.

Al retornar de uno de esos viajes a la aldea, se lleva consigo a su hermana menor, muchacha inocente y casta, a la cual desea servir de escudo para impedir que vaya por la pendiente en que ella se encuentra.

Quiere defenderla y esa es su desgracia. El hombre a quien ella adora de veras, secretario de su protector, y a quien trata con aparente desvío para cerciorarse de la verdad del amor intenso que dice profesarla, así que conoce y trata a la pueblerina, a la hermana menor, comienza a aproximarse a ésta para acabar por adorarla, desviándose poco a poco de la otra, de Cristina, la hermana mayor.

Al descubrir Cristina súbitamente la traición de su amado, se impone el sacrificio de su cariño para hacer feliz a su hermana.

Sacrificio real, humano y muy verosímil.

677108

Y este asunto está presentado y desenvuelto tan bellamente, con realismo tan completo, con tanta sencillez y sobriedad, y los elementos dramático y cómico tan bien unidos, que todo ello hace que la obra sea un encanto.

Los personajes todos están trazados magistralmente; todos hablan y proceden como deben, incluso el hombre objeto de la pasión de las dos muchachas, que siendo tan fácil para enamorarse de una como de otra, resulta, porque debe resultar, un pobre diablo.

El público, que por lo general asiste a Eslava, tan distanciado de obras de ese género artístico tan fino y sutil, dió ayer una prueba de buen gusto entrando por completo en la comedia y aplaudiéndola con extraordinario agrado.

La versión, hecha por los notables escritores Lepina y Tedeschi, es merecedora de los más justos elegios, por lo literaria y correcta.

El auditorio reclamó la presencia de los traductores en la escena; pero éstos, denotando muy buen gusto, hicieron saber, por boca de García Ortega, que trasladaban los aplausos al autor italiano.

La interpretación fué acreedora a los más calurosos aplausos. Es, tal vez, la obra que en conjunto ha sido representada mejor por la compañía de Eslava.

María Palou, en su difícil, muy difícil papel, estuvo de todas veras admirable. La Palou ayer realizó un trabajo de gran actriz.

Entendió el personaje perfectamente y lo dijo y expresó con asombrosa naturalidad, con gracia exquisita y muy hondo sentimiento, sin olvidar jamás la sobriedad más justa, en los momentos en que era más difícil abandonarla.

Por eso el público, comprendiendo lo primoroso y fino de su trabajo, la ovacionó varias veces durante la representación, obligándola a presentarse en escena en dos mutis.

El triunfo de ayer de María Palou es uno de los más grandes que ha obtenido en su carrera artística la gentil actriz, y ha sido realmente su consagración como artista de extraordinario talento.

También la señora Jiménez estuvo afortunadísima, siendo celebrada unánimemente por los grandes aciertos que tuvo.

Las señoras Alverá y Manso merecen igualmente aplausos. La Riva, en su única escena, demostró nuevamente su valía, y después de ser merecidamente elogiado fué muy aplaudido en el mutis.

Alarcón, muy justo y gracioso; García Ortega, correctísimo, y los demás actores, cuyos nombres no recordamos, muy discretos.

Si el público no ha perdido por completo el buen gusto, llenará muchas noches el teatro Eslava para ver UNA BUENA MUCHACHA, porque de verdad lo merece.—TRISTÁN.»

* * *

(De *A B C.*)

.....

«Bueno; pues anoche descubrió Eslava otro nuevo filón argentífero en la comedia italiana, de Sabatino López, UNA BUENA MUCHACHA.

Trátase de una obra muy bien vista en la vida, y, sobre todo muy bien vista desde la escena, que es lo difícil y lo más importante.

Una mujer «caída» aprende en su misma desgracia a estimar la dignidad (por esa humana condición que nos hace amar siempre con más fuego lo que ya hemos perdido), y lucha desesperadamente para evitar que su hermana siga también el oprobioso rumbo, al cual la ve muy inclinada.

Y en los tres actos de que consta la comedia admiramos la lucha brava en que se debate Cristina, velando por el honor presente de su hermana y procurando darla un porvenir honrado, hasta que, al fin, logra casarla, y, ¡con quién!, con el hombre a que ella (Cristina) ama como no amó a ninguno. Este sacrificio corona la gran obra de fraternidad relizada por esa «mala mujer», tan buena muchacha.

He aquí el asunto de la nueva comedia, narrado a grandes rasgos. Mas no se regocijen demasiado los defensores y jaleadores sempiternos de Magdalenas sin arrepentir. Los autores han tenido muy buen cuidado de presentarnos a esa Cristina rodeada de sinvergüenzas, para que ella resalte como un modelo de bondad. Todos los personajes que desfilan en los actos segundo y tercero, incluyendo a Purita, la hermana de Cristina, tienen de la dignidad un concepto tristísimo.

Por lo demás, la comedia es muy interesante, está trazada con una sobriedad magistral, y su diálogo es, más que correcto, flúido.

Mariquita Palou, admirable de naturalidad, encarnó la protagonista con gran acierto, luciendo además tres *toilettes* elegantísimas. Obtuvo un triunfo indiscutible.

Bien la señora Jiménez. Muy bien García Ortega. Acertada en un tipo cómico Juanita Manso. Soberbio La Riva en el cínico banquero Fernández, que le valió dos ovaciones. Alarcón, dando, como siempre, la nota de risa, con recursos de buena ley. Y Mora con mención honorífica en un catalán episódico.

UNA BUENA MUCHACHA recorrió anoche su camino sin el menor tropiezo, interesando mucho al público, que mostró en diferentes ocasiones su agrado y aplaudió con largueza.

Los arregladores fueron llamados a escena insistentemente; pero dijeron, por boca del Sr. García Ortega, que enviaban los aplausos a Sabatino López.»

*
* *

(De *El Imparcial.*)

«La labor teatral del ilustre comediográfico Sabatino López, Presidente de la Sociedad de Autores Italianos y uno de los que más altos prestigios han logrado en la escena de su país, no era hasta ahora conocida en España. Los aplaudidos autores Enrique Tedeschi y Antonio Fernández Lepina han tenido el honor de ser quienes presenten a Sabatino López al público español y el buen acierto de elegir para ello la producción que acaso representa mejor su temperamento, sus tendencias artísticas y sus procedimientos técnicos.

La buona figliola, que en la felicísima adaptación de Tedeschi y Lepina se titula Una buena muchacha, es una comedia de tal variedad de matices, de aspectos tan diversos, que a veces tiene tonos de romanticismo exaltado, a veces acritudes de un naturalismo crudo hasta el extremo y siempre se halla en ella el encanto de las frases sutiles, de los momentos sagazmente arrancados a la realidad y de tipos copiados con fidelidad fotográfica.

El asunto de la La buona figliola resultaría tal vez escabroso referido por un espectador, y, sin embargo, sobre el escenario va deslizándose la peligrosa acción de una manera tan natural, tan lógica, tan artísticamente desarrollada dentro de su verismo, que las señoras constituían ayer la parte más emocionada y complacida.

Al grande y justo éxito logrado por la obra en sí y por el tino y exquisito gusto de los adaptadores, contribuyó el primor de la interpretación, una de las más acertadas, en detalle y conjunto, que hemos visto en la compañía de García Ortega. María Palou, en primer término, haciendo la protagonista logró un triunfo completo, que la consagra como notabilísima actriz en un aspecto artístico en el que hasta ahora no se había mostrado. La señorita Jiménez dió a su papel la difícil mezcla de tosquedad y de ternura del complejo tipo que se le encomendó. García Ortega, justo y correcto; Alarcón, gracioso, sin forzar la nota; La Riva, dando la autoridad de su talento a un personaje meramente episódico, aunque importante; la Manso, la Alverá y todos los demás artistas del reparto, fueron celebradísimos; algunos de ellos, como la Palou y La Riva, llamados en mutis, y todos repetida y calurosamente aplaudidos al final de los tres actos.»

*
* *

(De *El Radical.*)

«Dos obras extranjeras se estrenaron ayer. Una, en la tarde, en el teatro de Eslava, titulada Una buena muchacha, original de Sabatino López, adaptada por los Sres. Tedeschi

y Lepina; la otra, en la noche, en la Comedia, intitulada *La loca aventura,* de De Flers, Rey y Caillavet, traducida por los señores Cadenas y Gutiérrez Roig. Ambas son comedias; la primera, italiana; la segunda francesa; y las dos en tres actos, autores y traductores muy conocidos del público y si los últimos no despertaban, en verdad, gran interés, el prestigio de las firmas extranjeras hacía esperar algo realmente digno de aplauso.

No obstante, el público se equivocó respecto a UNA BUENA MUCHACHA. Sabatino López es más conocido como autor cómico que cual comediógrafo sentimental. Y este nuevo aspecto, desconocido para la mayoría de los espectadores, produjo extrañeza, curiosidad y últimamente satisfacción y simpatía, que se expresaron en ovaciones entusiastas.

Sin embargo, Sabatino López no ha ido a buscar asunto para hacer una bella comedia en algo original y sorprendente. Se ha valido de cosa muy común en la vida, llevada al teatro y al libro por infinito número de escritores. Y de eso tan manoseado, tan estudiado, tan explotado--dicho sea en su verdadera acepción comercial—ha hecho una primorosa comedia de bellezas infinitas. El segundo acto es insuperable, así, insuperable; sin que esto haga desmerecer el positivo mérito de los otros dos. El asunto está forjado a base de la bondad de una mujer a quien azares del Destino llevaron a comerciar con su cuerpo Al llegar aquí, sin duda el lector se considerará defraudado, luego de haber leído los precedentes elogios. Y, sin embargo. los considerará excesivamente parcos si la curiosidad le lleva a ver cómo ocurren las cosas en UNA BUENA MUCHACHA. Porque el gran talento del autor no estriba precisamente en el asunto mismo, sino en la manera de presentarnos un corazón hermoso y en su habilidad para, sin desdoro de la verdad y la lógica, poner ese corazón en luchas de intensa emoción. Y decimos intensa emoción porque, aunque no hay escenas dramáticas, ni nuestros nervios sufren sacudidas violentas, palpita en el ambiente una tan dolorosa melancolía, que sentimos rodar pecho adentro, hasta llegar al corazón, una lágrima perdonadora y surge en nuestras conciencias dormidos remordimientos que anegan nuestra alma en ternura.

Todos los hombres hemos tenido en nuestra juventud algún amorío, reprobable por nuestro comportamiento. Unas veces inconscientes, otras por escepticismo, todos hemos dejado en nuestra vida huellas que en los momentos de contrición quisiéramos borrar. Nuestra egolatría nos cegó hasta el punto de no creer que nuestros desdenes pudieran engendrar esos eternos dramas espirituales, que son como dagas que clavamos fríamente, sañudamente, alevosamente, en corazones cuyo único pecado fué el de amarnos con exceso. A través de nuestra propia vanalidad, enjuiciamos el alma femenina con un criterio vergonzoso. Nuestro donjuanismo, alardeando de mundano, no quiso ahondar en el corazón de

las mujeres. Nuestra sensualidad no supo descubrir en ellas las infinitas facetas del tesoro amoroso. Creímos que era nuestra picardía la vencedora; creímos que el artificio palabrero fué el conjuro; creímos que sus caricias respondían a la neurosis, al deseo de apagar la sed de sensualismo. Y cuando en turbulentas noches de holgorio, alguna desgraciada dió tregua a sus pagadas caricias para relatarnos una historia lastimera, en que su virtud fué ultrajada por un hombre envilecido, que la abandonó despiadamente después de robarla los azahares de su honra y—lo que es más cruel—luego de truncar para siempre su vida anegándola en eterno desconsuelo, nosotros sonreímos con un gesto de equivocada mundanalidad, creímos que era un ardid para esquilmar nuestra bolsa. ¡Bah! ¡Historias jeremiacas a nosotros! De antemano sabíamos que todas iban a contarnos que fueron engañadas y que eran hijas de coroneles o generales. Y así, el tópico de su perversión fué formando estado de conciencia en nuestros menguados espíritus, haciéndonos insensibles para el dolor de esas desventuradas mujeres. Y sin embargo, ¡cuántos de aquellos relatos eran verídicos! ¡Cuántas de aquellas infelices pudieron salvarse si en nuestro corazón hubiera hallado eco la generosidad! Hubo, a pesar de todo, paréntesis en que nuestras almas se inclinaron al perdón. Libros como Margarita Gautier, pusieron en nuestros corazones un impulso generoso. Mujeres sacadas de los prostíbulos, que otros hombres más buenos supieron recoger desdeñando la murmuración, nos dijeron con su ejemplaridad que en aquellas almas lanzadas al vicio había ansias de redención. Pero las unas nos parecieron fantasías de novelista y las otras raras excepciones que nos movieron a huir de caer en el sentimentalismo...

Indudablemente, hacen una piadosa y bella obra educadora los que abordan el tema. Ellos hacen desfilar ante nuestro recuerdo cosas pasadas de que somos culpables. Las mujeres que poseímos, las que miserablemente engañamos con mentidas promesas, vuelven a nosotros con una aureola de santidad que hace más punzante el remordimiento. ¿Qué será de aquella niña ingenua, que temblaba de temor y deseo entre nuestros brazos? ¿Qué de aquella pasional y soñad ra, a quien supimos seducir fingiéndonos prontos al suicidio? ¿Habrán sabido resistir los reproches paternales, el desdén de las gentes, viviendo en un hogar hostil, sin esperanza de que la felicidad llegue a ellas? ¿Habrá habido un hombre noble que haya sabido despreciar la murmuración poniendo su amor sobre todos los prejuicios?...

¡Oh, mujeres engañadas! En esta hora de sinceridad, quisiéramos tener tantas vidas como fueron nuestros pecados, para restañar vuestras heridas con una rehabilitación caballeresca! Y como lo probable es que estos generosos sentimientos hayan brotado en cuantos han asistido al estreno de UNA BUENA MUCHACHA, y entre ellos habrá más de uno en

condiciones de efectuar esa dignificación, agradeced que un hombre con talento haya conseguido que en nuestras conciencias endurecidas surja esta bella flor del remordimiento...

—

De la adaptación, sólo elogios merecen los señores Tedeschi y Lepina. La corrección del diálogo, las bellezas de los pensamientos, la definición de los caracteres, todo responde a la concepción literaria y anímica del autor. La presentación, esmeradísima, realmente entonada. Y en cuanto a la interpretación, como raras veces se ha visto en el teatro de Eslava, donde por lo común los estrenos adolecen de pocos ensayos. Fué un conjunto discretísimo, digno de todo parabién. María Palou se hizo acreedora a los más calurosos aplausos, por la justeza con que matizó todos los momentos de su psicología. La señora J ménez, muy bien en el primer acto, y discreta en el segundo. Las señoras Manso y Vázquez y los señores García Ortega, Alarcón, La Riva, París, Mora, Guirau y demás intérpretes, contribuyeron con su notable trabajo al merecido éxito alcanzado por UNA BUENA MUCHACHA, que perdurará en el cartel durante muchas noches.—EDUARDO ANDICOBERRY».

*
* *

(De *La Epoca.*)

Fué la de ayer una buena tarde para las personas que asistieron al teatro Eslava. Representóse en él una comedia italiana, muy discretamente arreglada al español por los Sres. Tedeschi y Fernández Lepina, y cuyo título es UNA BUENA MUCHACHA. Esta comedia es de lo mejorcito que hemos visto desde hace bastante tiempo. Hay en ella caracteres perfectamente estudiados, hondo conocimiento del corazón humano, riqueza de sutiles observaciones psicológicas, y ese humorismo, á veces duro y agresivo, á veces piadoso, del que ha penetrado con sus miradas las entrañas de la vida.

Por precipitación, por frivolidad, por el deseo quizás de producir mucho con poco esfuerzo, la mayor parte de las obras que pasan por los escenarios de nuestros teatros vive efímeramente unas cuantas noches, sin dejar huella en la memoria de los espectadores, ni el más leve surco en su corazón. Suelen ser tales obras, en el mejor caso, como llamarada de paja: unos cuantos gritos, unas cuantas frases más ó menos sonoras... y luego cenizas que el viento se lleva.

UNA BUENA MUCHACHA no es esto: es realidad, es vida. La acción se desarrolla lógicamente; los móviles de los personajes responden siempre á la complejidad del organismo humano y de las modificaciones que en él imprime el medio social. Momentos hay en los cuales lo que hacen ó dicen las personas que intervienen en la comedia nos parece áspero, quizás brutal; pero, ¿acaso la vida no está llena de asperezas

y brutalidades? Mienten á sabiendas los que la presentan como un jardín de delicias, y á los seres humanos como modelos de perfección. Hasta el justo peca siete veces. La verdad, y sin ella no hay belleza, exije que no falsifiquemos la naturaleza humana; que no procedamos como los monederos falsos, que con sus malas artes intentan hacer que el cobre parezca oro de ley.

Esta buena muchacha es una «mujer galante» que vive y en apariencia triunfa, como triunfan y viven las mujeres galantes. Pero el lujo y los placeres de su vivir no han llegado á arrancar de su corazón esa ansia de respeto, de consideración social, de dignidad humana que existe en el alma de toda mujer, aun de la más envilecida. Por eso á Cristina le espanta que su hermana Pura se lance por los derroteros que ella ha seguido. Y á realizar este noble propósito encamina Cristina todos sus esfuerzos, sin detenerse ante el sacrificio de su único y verdadero amor.

Su perseverancia triunfa: para realizar su generosa acción comete acciones que, sin duda, reprueba la moral; pero, ¿qué obra humana no lleva en sí la amarga levadura del pecado? En la vida, como recientemente se ha dicho de la política, hay que proceder á veces «al margen de la ley.»

Ya se echará de ver, por lo que queda dicho, que el medio social en que la acción de la comedia se desenvuelve no pertenece al mundo en que impera la austeridad de los principios morales. Pero siendo esto así, y á pesar de «la crudeza de algunos conceptos», la frase no traspasa los límites del decoro. Los más atrevidos pensamientos aparecen siempre expresados en forma irreprochable. Se descubre la intención de ellos, pero sin que disuenen las palabras.

El diálogo de la comedia es como debe ser en el teatro: fácil, llano, nervioso, sin rimbombancias de dicción ni fraseología retórica. Cada uno de los personajes habla como debe hablar. No es el autor el que discursea por boca de ellos; son ellos los que se expresan en admirable armonía con su mentalidad, carácter, educación, etc...

Quizás el último acto peque de largo; pero hay en él tan finas observaciones, tanta abundancia de rasgos felices, que el espectador lo oye sin el más leve asomo de fatiga.

En suma: UNA BUENA MUCHACHA es de las obras de más intensidad artística que se han representado en los teatros de Madrid en estos últimos tiempos. Debe verla el público, deben verla también nuestros autores de comedias.

Justo es elogiar la interpretación que á la obra—traducida por cierto en buena prosa—dieron los artistas de Eslava. La señorita Palou obtuvo merecidos aplausos. La señora Jiménez hizo y dijo primorosamente su difícil escena del acto segundo. Muy bien los Sres. Ortega, La Riva y Alarcón, secundados con acierto por la señora Manso, Mora y demás actores y actrices que tomaron parte en la representación de la comedia.—ZÈDA.

***

(Del *Heraldo de Madrid.*)

UNA BUENA MUCHACHA llevará mucha gente al teatro del pasadizo. Váyase por cuando las gentes fueron atraídas no precisamente por muchachas buenas, pues el palmito suele tener tanta fuerza de atracción como la bondad, y por algo se decía en otros tiempos. «¡Te espero en Eslava tomando café!...»

La buena muchacha de ayer es hija teatral del celebrado autor italiano Sabatino López, y de Italia vino para presentarse en escena con el buen arte de los traductores Tedeschi y Lepina.

.. ..

Interesante el desarrollo, con situaciones que ocultan bien el artificio teatral, y por la maestría del comediógrafo y de los Sres. Tedeschi y Lepina, el peligro de la en algunos momentos acción algo viva pasa dulcemente, sin dar motivo á la inquietud.

¡Y qué singular prodigio! Sea que todos han estudiado con amor su papel ó que algunas obras, por lo acertadas, entonan á los intérpretes, el caso es que el conjunto, sin una excepción en el cuadro de artistas, fué irreprochable, y tal vez es UNA BUENA MUCHACHA, «La buona figliuola» en italiano, la obra que mejor han representado los de Eslava en la temporada actual.

María Palou, en su difícil papel de la protagonista, alcanzó un verdadero triunfo, y con los aplausos de ayer queda consagrada como actriz de primer orden.

Muy bien la señorita Jiménez en su personaje, que no deja de ofrecer serias dificultades.

Juanita Manso y la señora Averá merecen elogios por su trabajo, y con autoridad y talento desempeñaron su cometido los Sres. García Ortega, Alarcón, muy gracioso, y el señor La Riva.

UNA BUENA MUCHACHA ha sido puesta con decoro, y por el suceso de la obra felicitamos vivamente al autor, á los traductores, á los artistas y á la Empresa.—S. A.

*
* *

(De *La Tribuna.*)

....

Una mujer es el centro de la comedia de Sabatino López, «La buona figliola», traducida al castellano por Antonio Lepina y Enrique Tedeschi con el título de UNA BUENA MUCHACHA. Una mujer, un carácter femenino interesantísimo, que abarca multitud de aspectos aparentemente antagónicos; una creación femenina inolvidable, llena de suavidad y

de energía, de pasión y de abnegación, de talento y de fracaso sentimental.

Analizar ese temperamento apasionado y bondadoso, al que la vida ha hecho cauto y tolerante, es asomarse á la mujer normal que sabe crear una cierta dignidad cuando no es viciosa, alrededor de su situación equívoca, y espera redimirse por su tendencia natural á los apacibles amores, al hogar y á la maternidad. Cristina es una amiga nuestra, una mujer universal que nos ha hecho confidencias en la hora del melancólico atardecer, que gana aun á las muñecas en venta, sin otros horizontes que la taza de té, las galas de moda y la novela cargada de especias. El camino de Cristina es bien vulgar. Caída, mitad por candidez, mitad por ambición, sus condiciones de adaptación al medio la hacen exquisita, refinada y señoril. Cristina es buena, conserva el cariño á la familia, respetable para la pecadora; es fiel, por cálculo; es ingeniosa, bella, elegante.

Vemos en el trazado de su carácter las dos distintivas de la mujer de su situación: el ansia de redimirse como fruto de su bondad innata, y la sagacidad con que se mantiene en la posición conquistada, por escarmiento de su primera aventura. Aparece en su camino el amor. Ella, antes de entregarse á la vida entrevista al través de sus azares de mundana, explora, investiga. Y el resultado es doloroso. El hombre de quien se ha enamorado no es digno de ella. ¡Ella es mejor! —Tú vales más que todos—dice él. Y entonces la mujer, que ha atisbado la puerta de salvación, sonríe ante el fracaso. Había querido purificarse; el destino, más fuerte, la marca otro camino. Y sonriendo se sacrifica y sonriendo ofrece todo al que la burló, con la misma naturalidad con que entregara una mentira codiciosa, su más preciada inocencia en los días primeros. ¡Admirable Cristina, superior al bien y al mal absolutos, que guarda la tragedia para su corazón, que no llora, que no grita, que no se queja, que va dejándose llevar por la vida sin oponerla más que sus débiles reparos, y que sabe, vencida, ir de la abnegación al pecado, con su eterna sonrisa! ¡Admirable mujer, que no se abrasa caminando por las llamas, pisadas con el mismo ritmo que los senderos floridos!...

Parece que el autor de «La buona figliola» nos enseña que la esencial bondad de la mujer es constante, se mantiene á pesar de todo y que sabe soportar toda la amargura de la desgracia, porque en el fondo sigue siendo inmaculada. Parece que nos pide que antes de juzgar veamos la sanidad de la entraña espiritual. Parece que proclama sobre todas las miserias que roen á la mujer el triunfo de su bondad interna, la claridad de su corazón en un vaso recóndito que nunca se mancha ni se quiebra, la claridad que nunca se acaba.

—

Sabatino López, que ha infundido esa asombrosa y perenne realidad á la heroína, agrupa á su alrededor tipos secun-

darios de una vulgar contextura. Merece, sin embargo, recordarse el que encarnó del modo más eficaz y brillante el notable actor Sr. La Riva. Tipo original, muy verdadero... y muy literario. Conciencia de lo práctico, vestida de elegante cinismo, que causa mucho efecto y que es una evocación hábil.

Donde el mérito de autor de Sabatino López se manifiesta es, aparte de la notable creación de Cristina, en el diálogo, no superado por ningún comediógrafo moderno, fuera de Benavente y de Bataille. Admiremos la variedad, los cambiantes, los matices, y, sobre todo, la distinción, la elegancia, el arte con que las escabrosidades se desenvuelven y cómo se dicen las cosas agrias del modo más exquisito. Distinción y exquisitez que tanto echamos de menos en nuestros realistas, que confunden el realismo con la crudeza, como los demócratas la democracia con el andar en camiseta.—TOMÁS BORRÁS.

***

(De *El Mundo.*)

«García Ortega ha hecho un alarde de buen gusto, aceptando y poniendo en escena la hermosa comedia de Sabatino López, muy acertadamente arreglada por los señores Tedeschi y Fernández Lepina, UNA BUENA MUCHACHA.

El espíritu del dramaturgo italiano se nos revela en esta obra, en un admirable aspecto de complejidad sentimental, de ironía y de verismo, en alguna ocasión fuerte y agrio. El acto segundo, especialmente, es un primor de técnica y de habilidad artística.

.....

El público reconoció que se encontraba ante una auténtica obra de arte; aplaudió entusiásticamente, y en especial, en la jornada segunda.

Al éxito contribuyó la excelente interpretación. María Palou dió al personaje de Cristina un considerable relieve, encarnando a maravilla la figura de la protagonista, con toda su variedad de tonos espirituales, entre los que se destaca la cordialidad, sobreponiéndose a las restantes particulares de su carácter.

La notable actriz obtuvo el mayor triunfo de su vida artística. Muy bien, la señora Jiménez.

El señor La Riva fué aplaudido al final de la escena en que interviene. Alarcón, graciosísimo. García Ortega había estudiado su papel, y lo interpretó con acierto. Completaron el buen conjunto la señorita Manso, la señora Alverá y el señor Mora.

Los adaptadores de la comedia dedicaron todos los aplausos al autor italiano.—BERNARDO G. DE CANDAMO.»

***

(De *La Patria.*)

«Es el de Eslava uno de los teatros más agradecidos de Madrid. Cuando las Empresas que en él funcionan dan cualquier clase de espectáculo que sea, con tal de que tenga algún mérito, el público responde en seguida y las representaciones se cuentan por llenos. Allí no se pierde dinero, a no ser que haya mala dirección artística o que exista deplorable administración.

En Eslava entró el dinero a espuertas con «El tambor de Granaderos», con «La Corte de Faraón», con «La marcha de Cádiz»...

Ha funcionado este año Compañía de verso, y en cuanto han puesto «Las pecadoras» y «El señor Duque», es decir, en cuanto han hecho algo que merezca la pena, se ha llenado el teatro, y la Empresa y los autores «se han hinchado» de ganar dinero.

Pues ahora, con UNA BUENA MUCHACHA, autores y Empresa van a ganar un dineral. Y si no, al tiempo.

.....

Precisamente UNA BUENA MUCHACHA es una comedia, pero una verdadera comedia, donde se plantea una tésis de alta tensión dramática, y prueba de que al público le gusta eso, es que en los pasajes de más honda sensación es cuando su entusiasmo era mayor y más subía la obra, y cuando descendía el nivel y se llegaba a los límites del juguete cómico, el interés decaía.

.....

Y volviendo a la comedia. UNA BUENA MUCHACHA es de lo más hermoso que se ha escrito para el teatro. No referiré el argumento, porque no me gusta hacerlo. La tésis, o el propósito del autor, consiste en que una mujer que ha caído, a costa de todos los esfuerzos, de su fortuna, hasta del único amor de su vida, impide que su hermana caiga también y no para hasta casarla con el hombre honrado que la ama.

¿Puede darse nada más moral? ¿Hay cosa más humana?

En resumen: la comedia de anoche es un gran acierto. Es de las que deben quedar de repertorio, y de las que tienen que recorrer triunfalmente, no sólo en toda España, sino en todos los países en que se hable el castellano.

Los señores Tedeschi y Lepina han hecho una brillante adaptación a la escena española del original italiano de Sabatino López. Conste aun que por los apellidos parezca una paradoja, que López es el autor italiano.

La interpretación fué, en términos generales, excelente. La señorita Palou, que en algunos momentos me recordó a la Guerrero—y no creo que la parecerá mal la comparación—ha hecho quizás la mejor de sus creaciones. Por mucho que diga en honor suyo, no serán bastantes mis elogios para dar idea de su brillante trabajo.

La señora Jiménez también estuvo muy bien, sobre todo en la preciosa escena del segundo acto, en que revela su pasión al secretario del diputado. Si el señor García Ortega se hubiera puesto más a tono...

Muy discreta la señora Alverá; muy en su papel de solterona, Juanita Manso; muy acertada, salvo la compostura de la cabeza, la señora Vazquez; algo exagerada de voz y de brazos, la señora Romea, y muy mona la señorita Alfonso.

El señor Alarcón tiene en la obra escasas ocasiones de lucirse; pero, como a buen cómico no hay papel malo, sacó todo el partido posible y estuvo superabundantemente bien.

El señor La Riva, maravilloso. Es verdad que su papel es de lucimiento, pero el apreciable actor lo bordó.

Los señores Guirau y París defendieron sus dos embolados y no es poco.

El señor García Ortega pudo, a mi juicio, sacar mejor partido de su papel. Quizás el ilustre director del teatro Eslava crea que lo mejor es lo que él supone que constituye la naturalidad; tal vez yo esté equivocado, pero una cosa es lo natural y otra lo monótono. Y el simpático primer actor todo lo hace igual. Yo creo que debiera dar más variedad al personaje, porque no es lo mismo pretender a una mujer cuando es como Cristina, que hacer el amor a una joven si ésta es como Pura.

Una cosa es amar y querer casarse, y otra tratar de divertirse. El amor puro y el apetito carnal no son lo mismo. Me parece a mí.

Si el señor García Ortega cree que este juicio es acertado, supongo que ganará él y ganará la obra.

Y eso que ésta, ya lo he dicho, es una hermosa comedia. Pero de lo más hermoso que yo he visto.

Mi enhorabuena a au ores, Empresa y artistas, y quedamos en que, como dijo el autor: «Todos los géneros son buenos menos el fastidioso.» —FILOFANO.»

Los críticos de *La Correspondencia de España, Diario Universal, España Nueva, El País, La Ilustración Española y Americana, La Correspondencia Militar, Heraldo Militar* y otros, se ocuparon también extensa y laudatoriamente de UNA BUENA MUCHACHA, y dispensaron a su ilustre autor galante acogida.

ACTO PRIMERO

Cocina baja en una casa de pueblo modesta, pero no pobre. En la derecha el hogar de gran campana y haciendo ángulo con la pared banco de piedra. El hogar está encendido y en él dos o tres ollas. Puerta y ventana al foro, por ésta se ve el campo. En la izquierda otra puerta que da entrada al interior. Sillas, mesa bajita y un montón en ella de judías aun en su vaina. Fuente de loza basta. En el sitio que más convenga un palanganero con jarro y cubo. En el foro, junto a la ventana, otra mesa más alta. Todos los detalles en armonía con la decoración, que ya se dijo que ha de ser limpia y modesta, no pobre.

—

(CRISTINA se está lavando la cara. Viste falda bajera de seda, medias transparentes de igual clase y unas lindas zapatillas. El cubrecorsé también es muy lindo, y por cierto nada barato. ELISA, una moza del pueblo guapa, pero terriblemente lugareña, sentada en una silla baja.)

Elisa ¿Y qué hizo él entonces?

Cris. Pues él... (Se chapuza, salpicando mucha agua.) Espérate, que no puedo hablar...

Raf. (Dentro.) Cristina...

Cris. (Escurriéndose las manos.) ¿Qué quiere usted, madre?

Raf. ¿Has acabao?

Cris. Casi. (Se seca con la toalla.)

Raf. (Por la izquierda. Es una campesina de unos sesenta años.) Hola, Elisa. ¿Qué tal, mujer?

Elisa Para servirla siempre, señá Rafaela.

Raf. ¿Y el crío?

Elisa Hecho un cebón.

Raf. Ya puede estarlo, que de donde tirar no le falta, no. (Señalando el pecho de Elisa.) Pinta tienes de buena criadora. Oye, Cristina. ¿Te siguen gustando las migas con chorizo?

Cris. (Que se ha puesto una bata o blusa y falda tan sencilla como elegante, que había sobre una silla.) Ya sabe usté que aquí me gusta todo, y las migas hechas por usté me saben a gloria.

Raf. ¿Aun no ha vuelto tu hermana?

Cris. No.

Raf. Esa chiquilla se va a encontrar con algo que no se le caiga.

Cris. Se habrá tropezado con alguien y estará de charla; bueno, y a todo esto aun no me ha dado usté hoy un abrazo, madre.

Raf. Aguarda que vaya por una lancha. (Señalando el agua derramada.)

Cris. Tiene usted razón. ¡Cómo he puesto el suelo!

Raf. Cuidao que has salío con afición al agua. Desde pequeñita. Siempre chapoteando. Tú debías haber nacido rana.

Cris. Anda, pues si viera usté allá en Madrid... (Abrazándola.) Pero qué guapetona se conserva la *señá* Rafaela... ¿verdad, Elisa?

Raf. En esto tampoco has cambiado. Sigues tan carantoñera como de chica. Pero esa arrastrá que no vuelve. Nada, que se ha empeñado en que la enseñe cuántas son cinco. (Mutis izquierda.)

Elisa (Cogiendo una balleta hace ademán de arrodillarse.) Voy a enjugar esto.

Cris. ¿Qué vas a hacer? No faltaba más; ya se secará solo...

Elisa Anda, sigue contándome aquéllo. Estábamos en que te saludó desde el automóvil...

Cris. ¡Ah! Sí. Pues verás. Al día siguiente el Marqués de Valtorre, que viene a ser una cosa así como secretario suyo, me dijo en un tono como si me concediera un gran favor: —¿Sabe usted, Cristina? El príncipe quiere ser presentado a usted.—Pues que no se moleste, porque yo no quiero, le contesté volviendo la espalda.

Elisa Chica, me parece que hiciste una tontería. ¿Qué ibas tú perdiendo? Yo, por saber lo que quería, hubiera dicho que sí.

Cris. ¿Lo que quería? No se necesita quebrarse mucho la cabeza. Hice bien, créelo; por menos se levantan castillos en el aire. En algunas circunstancias un escándalo puede ser la fortuna para una mujer... Para mí entonces hubiera sido la ruina... no, no. Pepe... don José... bueno, mi protector, el diputado, ya sabes... se enteró en seguida y fué corriendo a darme las gracias. —Mira —me dijo.—Soy un español de verdad y el más fiel de los dinásticos.—Por ese hombre daría mi sangre si la necesitara, mi vida, mi fortuna... Otra cosa... ni en broma; y al día siguiente me regaló un aderezo. Estos son los pendientes. (Muestra los que lleva puestos.)

Elisa Preciosos. ¡Y qué grandes! ¡Ya habrán costao... ya!

Cris. Pues mira, no lo sé. Como esas cosas no se preguntan... Cuando se calcula lo que vale un regalo, no hay que pensar en lo que costó, sino en lo que pueden dar por él.

Elisa Te debe querer mucho...

Cris. Parece que sí.

Elisa Ya lo creo. ¿Iba si no a gastarse esos dinerales?

Cris. Estos ricachos gastan... por gastar, porque tienen que hacerlo... para poder decir la Fulana me cuesta tanto... Somos el escaparate de su vanidad... a veces la razón de su crédito... muchas el pretexto de sus ruindades fuera... ¡Qué sabes tú!

Elisa ¿Llevas mucho tiempo con él?

Cris. Dos años para Navidad.

Elisa ¡Qué casualidad! Lo mismo que Nicolás y yo. (Riendo.) Pero yo... (Triste.) yo he tenido menos suerte. Me he casado, ¡claro!, pero nada más.

Cris. ¿Y a eso llamas no tener suerte? Un marido y bueno, y por añadidura un nene como mi ahijado...

Elisa Sí, es verdad. Oye. ¿Y cuándo le vas a ver? Hoy pensaba haberle traído; pero se me quedó dormido y no quise despertarle. Ya tiene dos dientecitos.

Cris. Mañana, te lo prometo. Precisamente tengo que ponerle un regalillo que le traigo.

Elisa ¿Sí? Dime, dime qué es...

Cris. No; cuando lo veas.

Elisa Enséñamelo.

Cris. Si no es nada, mujer; un dijecito de oro con su nombre en diamantitos.

Elisa Anda... mira el condenao del chico si tiene suerte. No sabes lo que me alegro. No por lo que valga, que la estima no está en eso, por mi suegra, ella que no quería que sacases tú de pila al chico, a ver qué dice ahora.

Cris. ¿No quería? ¿Por qué?

Elisa Ya te lo puedes figurar. Como en el pueblo tó se sabe... y a ti te pasó aquéllo... Figúrate, quería que fuese la Filomena. Mira que la Filomena, que no tiene donde caerse muerta; vaya un apoyo pa el chico, ¿eh? De seguida le iba a hacer ella esos regalos.

Cris. No creas que vale gran cosa. Bonito sí lo es. Lo compré con Pepe, que tiene muy buen gusto.

Elisa Si él conociera a Cristinito... ya le haría alguno por su cuenta, ¿verdad? ¿No vendrá por aquí ese señor?

Cris. ¿A este poblacho? Un hombre como él, acostumbrado a todo lo mejor...

Elisa ¡Qué lástima!

Cris. Y luego, ¿para qué iba a venir? A hacerme una visita de diez minutos y tomar otra vez el camino. Porque aquí la casa de mi madre es la casa de mi madre; por respeto, por mi hermana y porque debe ser así.

Elisa Lo que es por tu hermana...

Cris. Sí, ya sé que hoy las muchachas nacen con los ojos abiertos... como quien dice. Pero, no importa. Yo vengo a pasar unos días con los míos y aquí debo ser lo que fuí, no lo que soy. Vengo a darme ese gusto y esa alegría a mi pobre madre, no a avergonzarla a ella ni a deslumbrar a la gente con ciertas cosas que aquí no encajan. ¿Quieres ayudarme a desgranar estas judías?

Elisa Ya lo creo, mujer. (Se sientan a la mesita.) ¿Esto sí que no lo harás tú en Madrid?

Cris. Figúrate.

Elisa Como que si a mano viene ni pisarás la cocina.

Cris. ¿Yo? Hace dos meses que cambié de cocinero y creo que le he visto una vez.

Elisa ¡Qué hermosura! No tener que ocuparse de la comida, encontrárselo tó hecho... ¡Si se naciera dos veces!...

Cris. Habría que morirse otras dos. Créeme que no valía la pena.

(Entra por el foro PURA arreglándose el pelo. Es pizpireta y presumida. Aunque su ropa es modesta, no es apaletada. La lleva bien y siempre se está estirando y componiendo.)

Elisa ¡Hola, mujer!

Pura ¿Qué santo se ha caído del altar para que usted venga por aquí? Digo, ya caigo, el santo es Cristina; si no, no hay quien la vea el pelo.

Elisa Qué quieres. Como siempre tengo que llevar el crío a cuestas, y vivimos tan lejos... Claro que por Cristina vengo. Nos hemos criado juntas, es madrina del chico, vive en Madrid tó el año, y es natural que aproveche pa verla cuando viene cuatro días... A ti ya te veo a menudo... aunque no vayas a verme, que ningún trabajo te costaba, ya que pasas tanto por mi casa. (Con intención.) Pero, claro, no vas tú entonces pa pensar en visitas... Te estás poniendo muy guapa.

Pura ¿De veras?

Elisa Estás hecha una mujer. Vas a ser tan bonita como tu hermana... En otro estilo, pero no vas a tener que envidiarla.

Pura ¡Ojalá!

Elisa El toque está en que tengas su suerte.

Pura Déjame un sitio. (Se sienta y toma parte en la faena.)

Cris. ¿Sabe madre que has vuelto? Preguntó antes por ti.

Pura No; ahora iré.

Cris. ¿De dónde vienes que estás como la grana?

Pura De ahí, de la lonja; sino que vine corriendo... Oiga, Elisa (Cambiando de conversación.), ¿cómo ha encontrado usted a ésta?

Elisa Guapísima; más guapa que nunca.

Pura ¿No la había usted visto desde que llegó?

Elisa No; no he podido venir hasta hoy; pero, ¿tú te estarás unos días aún?

Cris. Esta semana. Tengo que volver de precisión a Madrid.

Elisa ¡Tan pronto!

Pura Don Pepito es un egoísta; quince días de licencia... y a casa, que llueve.

Cris. ¡Pura!

Pura ¿Es que ésta no sabe lo del diputao?

Cris. Es que tú no debes hablar así, no está bien; ya te lo tengo dicho...

Pura (Zalamera y acariciándola.) Bueno, bueno, no te enfades ni arrugues las cejas; te pones fea. Mire, Elisa, mire usted lo horrible que es mi Cristina.

Raf. (Por el foro. Después Ramón.) ¡Ah! ¿Pareciste ya? Bueno; luego hablaremos tú y yo. Oye, Cristina, aquí te buscan; un caballero que dice viene de Madrid.

Cris. (Con cierto enojo.) ¿De Madrid?... Bueno, que pase quien sea. (Aparece RAMÓN. Lleva traje de automovilista con guardapolvo y gafas sobre la frente.) ¡Ah! ¿Es usted? ¿Sucede algo?

(Elisa abandona las judías. Pura sigue la tarea sin quitar la vista del recien llegado)

Ram. Nada, no se alarme usted; buenos días.

Cris. Creí... Madre, don Ramón Vélez.

Raf. ¿Don Ramón... Vélez?

Cris. Secretario de don José, el diputado.

Raf. Ya... (Algo seca.)

Cris. Mi madre.

Ram. Señora, tanto gusto...

Raf. Gracias, con licencia... tú, niña, entra que tienes que ayudarme. (A Pura y haciendo mutis por la izquierda.)

Cris. Mi hermana, mi amiga Elisa Ramírez.

(Ramón se inclina. Pura hace lo propio. Elisa duda un momento si darle o no la mano, pero no se atreve y vuelve a su tarea después de un amable.)

Elisa Servidora de usted.

Cris. Siéntese usted, Ramón... ¿Viene usted de Madrid?

Ram. Sí, señora, en el auto de Beraza hemos hecho los trescientos veinte kilómetros en menos de siete horas a pesar del mal estado de las carreteras.

Cris. Pero aún no me ha dicho usted a qué obedece su visita.

Ram. Puro capricho; Beraza va a San Sebastián, tenía de paso que ver un salto de agua que ha adquirido muy cerca de aquí, me invitó a acompañarle y he aprovechado la ocasión para venir a saludarla a usted... esto es todo, señora... digo... señorita...

Cris. Ni lo uno ni lo otro; eso en Madrid.

Ram. Es verdad; aquí será usted la Cristina.

Cris. La, no, Cristina, mi nombre.

Ram. Perdone usted.

(Pura se levanta.)

Cris. ¿Dónde vas?

Pura Dentro; madre me llamó...

Cris. Ya irás, este caballero no tiene nada reservado que decirme, puedes quedarte. (Al ver que Elisa se levanta.) Y tú...

Elisa Yo estoy haciendo falta en casa. He dejado al pequeño con mi suegra, que es como no dejarle con nadie, mañana nos veremos, ¿eh?

Cris. Te lo he prometido. Da un beso a mi ahijado.

Elisa De tu parte. (Saluda a Ramón que se levanta. Esta vez triunfa el deseo de darle la mano. Y después de secarse la suya en el mandil, la alarga desgarbadamente.) Tanto gusto...

Ram El mío... servidor.

Elisa (Yendo al foro acompañada de Cristina.) ¡Qué guapo es!...

Cris. Mejor para él.

Elisa Mejor, pero eso no quita que lo sea, es guapo... vaya si es guapo...

(Hace mutis. Cristina queda un momento diciéndole adiós con la mano, y fuera de la habitación.)

Ram. (Sentándose cerca de la mesita.) ¿Son judías?

Pura Sí, judías.

Ram. Ya están demasiado granadas para comerlas verdes.

Pura Por eso las mondo.

Ram. Es bonitillo el pueblo.

Pura Ya se conoce que usted no le ha visto más que corriendo.

Ram. ¿No lo es?

Pura Horrible... digo, a mí me lo parece...

Ram. Es usted injusta, no puede ser feo un pueblo que tiene dentro una mujer tan bonita.

Pura ¿Cristina, verdad?

Ram. No, la hermana de Cristina.

(Pura le mira recelosa y se levanta. Teme quizás que se esté burlando y hace mutis izquierda, diciendo:)

Pura Con su permiso, me llama mi madre.

(Cristina baja y avanza hasta Ramón que se queda mirando por donde se fué Pura con gesto de curiosidad.)

Cris. Bueno. ¿Se puede saber que ha venido usted a hacer aquí?

Ram. Ya lo he dicho.

Cris. ¿Y se ha molestado en venir desviándose de su camino, sólo por el capricho de ver la casa donde vivo, mi casa del pueblo?

Ram. Por la casa, no, por verte a ti, ya lo sabes...

Cris. Ramón, le he dicho a usted y vuelvo a repetírselo, deseando sea la última vez, que no me tutee usted; nada le autoriza para esa familiaridad, a que me he negado cuantas veces usted la ha pretendido... ¿Qué se propone usted? ¿Comprometerme? Aun suponiendo que entre nosotros hubiera la razón de esa confianza, debiera usted fingir lo contrario. Un oído indiscreto, un olvido involuntario... vamos, eso no es serio, mucho más sin haber motivo para ello .. Comprenda usted que tengo razón.

Ram. Esa intimidad, esa inocente concesión en nada podía comprometerla; por usted, primero, por mí después hubiera siempre cuidado de que quedara entre nosotros... en eso hubiera consistido su mayor encanto... un secreto, solo de usted y mío... Tener un secreto con la mujer que se ama es tener algo de ella... Con bien poco me contentaba... Qué le vamos a hacer, ni eso merezco.

Cris. Ya sabe usted, que hoy por hoy es insensato, es tonto su empeño, en algún tiempo no puedo permitirme el lujo de tener corazón, cuesta muy caro... espere usted, si quiere, a que cambie de posición, así aumentará sus méritos, y quién sabe... quién sabe si algún día podré sufragar ese derroche...

Ram. Pero mientras...

Cris. Entre tanto es una tontería eso de venir aquí. ¿Es que en Madrid no me ve usted lo suficiente? ¡Cómo había yo de figurarme!...

Ram. Recuerde usted que al despedirnos le dije que tal vez le haría una visita.

Cris. Hombre, yo creí que era una de esas cosas que se dicen por decir... Si Pepe lo llegara a saber, ¿qué pensaría?

Ram. Está en Santander.

Cris. Pero puede de repente telegrafiar, llamarle... Luego que aquí no quiero ver a nadie, no quiero nada de lo que con mi vida se relaciona... Yo no soy como esa imbécil de Mary... ¡Poca vergüenza! ¿No sabe usted lo que viene diciendo al pueblo? Que Espada es millonario, que le da cuanto pide por temor a perderla y que en cambio Pepe me tiene a mí casi a pan y agua...

Ram. Al tal Espada hay que verle también.

Cris. Para hombre... es pasable.

Ram. Viejo, y con la cabeza como una bola de billar.

Cris. Bueno; pero es limpio, es generoso, sobre todo, para ella una suerte loca; no es cosa de que repare en si tiene poco o mucho pelo.

Ram. Es que la cabeza de Espada es única, un solar, un desierto, el puño de un bastón, una esfera; ridícula, ridícula...

Cris. Conforme. Usted en cambio tiene más pelo que Espada, y un bolsillo tan desierto como la cabeza de Espada; eso es peor. Es usted un buen mozo, acaba de decírmelo esa amiga que estaba aquí. Por cierto que se ha debido figurar... no sé el qué... Esta gente de pueblo es muy maliciosa...

Ram. ¿Lo ve usted? Estamos destinados para ser el uno del otro.

Cris. ¿Destinados? Ese destino sería para usted; y para mí la cesantía.

Ram. Es inverosímil que una mujer tan hermosa como usted, sea tan positivista. Todo lo cifra usted en el dinero. Desgraciadamente yo soy pobre, es verdad, muy pobre de medios, pero inmensamente rico de ilusiones, de corazón.

Cris. Mientras esos valores no se coticen en Bolsa, siga usted viviendo en sus sueños de opulencia y déjeme usted vejetar a mí en la triste prosa de las pesetas.

Ram. Es que la adoro a usted.

Cris. ¡Hijo mío, como despilfarra usted su fortuna!

Ram. Es que la quiero a usted con toda mi alma.

Cris. Eso suena mejor... Pues si es cierto ese cariño ya tiene usted su recompensa. Puede decirse que se pasa usted el día a mi lado. Con la firma, las consultas, los electores, los recortes de prensa y todas las triquiñuelas que inventa usted, no se separa de Pepe un instante y como él se pasa la vida en casa, resulta que tiene usted casi tanto como él. ¿Miento?

Ram. Por el *casi* renunciaba a todo lo demás... Yo también soy generoso.

Cris. Pues eso no puede ser. Una mala pasada no se la juego. En los años que me conoce usted ha tenido tiempo de comprenderlo. Yo no engaño a Pepe, eso de ninguna manera... Es un hombre que tiene para mí todo género de deferencias; admirablemente educado, generoso y ocupando una posición política, en la que de un modo indirecto pero transparente he penetrado yo, todo el mundo lo sabe... sin saberlo. Una infidelidad mía le restaría fuerza moral... quizás votos... Un hombre en ridículo no puede sobresalir; en política y en amor nunca triunfa el caído... ¿Por qué engañarle? ¿Quién merece tal sacrificio?

Ram. Nadie, tiene usted razón. ¿Qué soy yo comparado con él?

Cris. Un buen muchacho, que se ha empeñado en un imposible. Sobre que en el fondo de todo eso no hay más que un sentimiento de amor propio muy natural. Ponga usted vanidad donde dice amor, y humillación donde escribe tormento, y dará usted con la razón de su terquedad. Se ha encaprichado usted de mí porque le soy imposible, porque en cierto modo ser de un superior a usted, es serlo para usted, soy... lo vedado... lo fácil para otro, lo difícil para usted. Eterna historia, el encanto de lo ilícito, de lo imposible... todos iguales. Recuerdo siempre una noche que en el Real y entre todos

los ojos que de ordinario me mortificaban con su insistencia me llamaron la atención los de un un muchacho que a riesgo de dislocarse la cabeza los tuvo clavados en mí casi todo un acto; a su lado estaba una rubita, pálida como una rosa de té, monísima y que se consumía la pobre porque se había dado cuenta. En el entreacto vi á Tovares que los saludaba, subió luego y le pregunté quiénes eran. ¡Qué asco!... Ella una chica muy rica y muy buena; él... su marido, estaban haciendo el viaje de novios... ¡Qué asco!... Todos son unos bandidos.

Ram. ¡Y que no sentiría usted halagada su vanidad a pesar de todo!...

Cris. ¿Yo? Veo que no me conoce usted.

Ram. (Acercándose.) Procuraré estudiarla más de cerca.

Cris. (Retirándole.) ¡Dale!... ¿Cómo he de decir las cosas para que las entienda? ¿Con música? Yo estoy muy a gusto a su lado de usted, le tengo... hasta simpatía... pero haga usted punto. Una mala pasada no la hago yo... ni usted si lo piensa; los dos le debemos mucho.

Ram. Yo doscientas pesetas al mes por tenerme todo el día de cabeza... y para eso tengo un título de doctor en Derecho.

Cris. Pida usted aumento de sueldo, amenace usted con la huelga .. a mí eso me ha dado siempre buen resultado; antes del cuarto día capitula, seguro.

Ram. Mis servicios no son tan precisos, no puedo aspirar a tales recompensas,

Cris. Eso consiste en que usted le es preciso y yo agradable, es más caro lo superfluo que lo útil.

Ram. ¡Qué lista es usted, Cristina!

Cris. Lo sé; me lo dijo Vicente Ampuerzo que fué quien hizo el descubrimiento cuando le devolví aquella carraca que me quería hacer tragar por un Phanard de segunda mano...

Ram. ¡Ya!... (Tose.)

Cris. ¡No, hijo, no, con ese no ha habido nada nunca; sobra la tos... Sigue con aquella casadita... y sé son fieles... Veo que tiene us-

ted un concepto de mí... muy deplorable... tendré que quitarle la esperanza de aquel posible derroche de que hablé antes...

Ram. No se divierta usted conmigo... de sobra comprende usted que mis palabras son despecho, rabia, cariño. No me dé usted esperanzas si no han de verse cumplidas.

Crist. Ponga usted entonces que no he dicho nada.

Ram. Claro... prometer es tan vago. (Con impetuosidad.) No: ahora o nunca. Tengo un auto a mi disposición y nadie puede impedirle a usted salir de esta casa.

Crist. Ni están todos los que son, ni son todos los que están.

Ram. Llámeme usted loco; lo estoy.

Crist. Bueno; nos vamos, ya nos hemos escapado como unos novios contrariados, le hemos quitado el auto a Beraza y lo hemos vendido para comer, porque supongo que no pensará usted que después de esta broma Pepe le siga pasando las doscientas pesetas; soe mos felices, nos hemos comido el auto, nos queremos mucho y no podemos desayunar nos... ¿Qué hacemos?

Ram. ¡Siempre el dinero!

Crist. Siempre, hijo mío; es tan odioso como necesario, vaya, volvamos a la razón y quedemos como debemos quedar; usted en su secretaría, yo... donde estoy, y Beraza con su automóvil. ¡Si supiera el peligro que ha corrido! ¿eh? No ponga usted esa cara y tiempo al tiempo.

Ram. ¡Siempre el mañana!

Crist. Quien espera vive. Es mejor desear que poseer.

Ram. Es que usted no sabe como yo la quiero.

Crist. Mejor; el tiempo que pase será la mayor defensa de ese cariño.

Ram. Cuando se quiere no se razona.

Crist. Se puede razonar queriendo, sobre todo que cuando las cosas no pueden ser, no sirve darles vueltas. Las mujeres por lo mismo que tardamos más en querer que los hombres, nos cuesta olvidar mucho más que a ellos. Aunque fuera completamente libre no sería

para usted lo que fuí para otros... No es usted capaz de entenderlo ni de apreciarlo, pero así tiene que ser... y basta. Usted tiene que marcharse y yo no quiero detenerle. Hasta Madrid, ¿eh? (Le da la mano.)

Ram. Hasta donde usted quiera. (Le besa la mano y hace mutis lentamente por el foro. Cristina se dirige a la izquierda y llama, después de una breve pausa que corta con un suspiro.)

Crist. Pura.

Raf. ¿Qué quieres?

Crist. ¿Dónde está Pura?

Raf. En su cuarto: acaba de cobrar.

Crist. ¿La has pegado?

Raf. Hace tiempo que me andaba buscando y hoy por fin me encontró. No puedo hacer carrera de ella. ¿Pues no se me ha enamoricado de Vicente, el de las gaseosas? Ese que vino de Madrid el año pasao. Un hombre que la dobla la edad.

Crist. Pues eso no puede ser, ea.

Raf. Es lo que yo la he dicho. ¿Tienes ya miedo de quedarte pa vestir santos? ¿Y sabes lo que contestó? Que ella no se peina pa ningún bruto del pueblo. Ha salido a tí, con gustos delicaos, to la parece mal, to se la hace ordinario.

Crist. Pero diga usted madre, ¿Eso de Vicente... no será más que ganas de pasar el tiempo? ¿No habrá más que eso?

Raf. Yo creo que no. Por lo menos ella me lo ha jurado así y la creo, porque eso sí, mentir no miente aunque la maten. Esta no me la juega. Lo tuyo fué otra cosa... aquello no me lo esperaba ni por soñación, me cogió como un rayo.

Crist. ¿Por qué no habla usted con ese hombre?

Raf. ¿Yo? ¿Pa que se me ría en mis barbas? Qué más quisiera... no, este no me engaña como aquel... tan cumplido, tan enamorao... quién me lo iba a decir. Porque que me engañara a mí, pero a ti... sacarte alucinа de tu casa jurándote lo que sabía que no había de cumplir. ¡Ladrón! pa dejarte sin amparo a los tres meses, con aquella cartita que tengo clavá, diciendo que estaba casao.

Crist. ¿Qué habrá sido de él?

Raf. En presidio debia estar si hay Dios en el cielo, pero ya no se pue volver a lo pasao... sobre que dices que ese hombre, el diputao, es bueno y te quiere; y sobre to es libre y vamos.. no serías ni la primera ni la última... el cariño pue mucho.

Crist. ¡Quién sabe, madre... quién sabe!

Raf. Pero tan y mientras y sin tú querer.. tu hermana está tomando el ejemplo, y la verdad, las dos por el mismo camino... no lo ven estos ojos. Antes la mato.

Crist. (Que se quedó pensativa dice con resolución.) Llámela usted.

Raf. ¿Para qué?

Crist. Quiero hablar con ella, entre hermanas hay más confianza, más intimidad... a mí me dirá lo que a usted no se atrevería. Déjeme usted a mí.

Raf. Pue que lleves razón. (Llamando izquierda.) Pura... chica... ven. (Mutis por la izquierda y en seguida por la misma puerta Pura.)

Pura ¿Qué quieres?

Crist. ¿No te lo figuras? ¿No? Pues que ya estoy enterada yo también. Sí, no te hagas de nuevas; sé la historia de tus amoríos con ese pelagatos de Vicente. Y he decidido que eso se concluya: Madre me lo ha contao todo. Me ha dicho que le duelen las manos de pegarte, que estás más emperrada cada día, y que no te valen ni razones ni golpes. ¿No te da lástima la pobre?

Pura ¿La tiene ella de mi cuerpo que es un puro cardenal?

Crist. Aún es poco para lo que mereces.

Pura Como es a mí a quien pega te parece poco. Ya veríamos, si fuera a ti, lo que pensarías.

Crist. Ojalá me hubieras pegado a tiempo.

Pura Sí, que por eso hubiera dejado de hacer... lo que has hecho.

Crist. No eres tú quien puede echármelo en cara. Y si lo hecho está mal, que lo está, es una razón más para que tú no me imites. Ni que te hubieras vuelto loca. Un hombre que puede ser tu padre, pobre, y lo que de seguro no sabeis ni madre ni tú, ¡casado!

Pura Pero está separado de su mujer.

Crist. ¿Lo sabías? ¡Ay, niña, niña! ¿Qué ha podido darte pa que ciegues así? ¿No sabes que junto o separado mientras viva su mujer ese hombre no puede ser para tí más que una vergüenza? ¿Qué demonios has encontrao en él para que así te haya sorbido el seso? Bueno, y eso es lo de menos, pero casado, casado... ¡y tú lo sabes! Eso es una villanía, Pura, eso no tiene disculpa.

Pura ¿Me vas tú a predicar moral?

Crist. Yo, ni más ni menos, yo. Por lo mismo que llevo la vida que llevo, he de procurar que tú no la lleves; ¿acaso te figuras que porque vivo alejada de vosotras no me importais nada? Los pocos días de que puedo disponer, ¿dónde los paso? Mi Suiza, mi París es esta casa. Pero eso aparte, ahora no se trata de mí ¿Qué disparate ibas a hacer? ¡Valiente porvenir!

Pura A mí me preocupa el hoy, no el mañana. Ya estoy harta de consumirme aquí.

Crist. ¡A tus años!

Pura A mis años, sí; y como si no es hoy será mañana, y si este no, otro cualquiera... No has adelantao nada con tu sermón. ¿Qué te figuras, que yo estoy enamorada de Vicente? Pues te equivocas. Estoy aburrida del pueblo, de la gente del pueblo y de la vida del pueblo. Antes que casarme con un animal como el marido de la Elisa, me voy al barranco y me tiro de cabeza.. y como entre eso, o escaparme con Vicente, me pareció menos malo lo segundo, ahí lo tienes. ¿Que Vicente me dobla la edad? bueno: ¿que es pobre? bueno... Pero siquiera no cocea al hablar, no insulta para decir un piropo... Claro que no es un figurín como el que ha venido de Madrid a visitarte... pero en la tierra de los ciegos...

Crist. Ese caballero ha venido por...

Pura Por lo que sea, no tengo por qué meterme en tus asuntos.

Crist. Si lo dices por darme una lección, no la tomo: yo me meto en los tuyos, porque debo y porque quiero. ¿Qué pensabas hacer el

día, que no tardaría mucho en llegar, en que te dejara plantada?

Pura No sé... ya me aconsejarías tú.

Crist. ¡Pura!

Pura Además, ¿quién te dice que a mí me va a suceder eso? Y aunque así sea, ¿tan mal te va a tí?

Crist. La suerte de una mujer rara vez se repite en otra; no es fácil encontrar hombres que se interesen por una mujer caída. Y para encima de no ser feliz, rodar por el arroyo, ni pensarlo. Y aun admitiendo que tengas mi suerte. ¿Crees que esto es la felicidad?

Pura De ninguna manera. Apenas si debe ser desagradable eso de vestir a la moda, comer bien y divertirse mucho. ¡Es para tenerte una lástima atroz!

Crist. Pura; hermana mía... ¿cómo hacerte comprender ciertas cosas? ¿Me envidias las alhajas? ¿El automóvil? ¡Hija mía! Las alhajas no son más que un poco de pan probable para un mañana demasiado cerca; el automóvil más veces es un peligro que una comodidad. Luego los hombres... ¡qué asco! ¡qué pena! Tú no puedes comprender eso aún; pero si vieras qué diferente es que te codicien, que te deseen, a que te respeten y te quieran! Haz caso a tu hermana que ha pasado por todo eso, que a pesar de su posición... que tantas como tú envidian, solo es feliz cuando se olvida de todo y viene al rincón de su vieja casa, y al amor de la lumbre o al frescor de la tarde, se sienta en paz y tranquila a pelar unas castañas o a mondar un plato de judías.

Pura Pero eres libre... (Con mucha menos hosquedad, casi vencida.)

Cris. ¿Libre? Más esclava que ninguna otra mujer. Escucha: si una casada engaña a su marido, nadie o casi nadie se atreve a decírselo. Es muy grave... Pero si se supone la más leve falta en una de nosotras, o se inventa, caso frecuente, veinte amigos irán presurosos a comunicarlo. Avisar al amigo en este caso es un deber... Cualquier cosa es imperdonable... y como no queda nada des-

pués... la conciencia no padece. ¿Que no fué verdad? ¡Cualquiera lo averigua! Es tan fácil y cómodo romper con una querida... ¿Que la destrozaron el alma?... Peor para ella. ¿Que la hundieron en la miseria?... Final previsto... Historia que han eternizado Mimí y Margarita Gautier, y a rodar, a vender en dos cuartos trapos y alhajas, y luego... luego... No, no, hija mía; no, mientras yo pueda.

Pura (Humilde, con pena.) Vicente, era una solución, una locura, es verdad... Pero aquí me consumo y tú no sabes de qué es capaz una mujer que se aburre... Me prometía sacarme del pueblo.

Cris. ¿Por eso nada más? ¿Todo lo que tú ambicionas es salir de aquí, ver mundo, viajar?... (Pura asiente.) ¿Quieres venir a Madrid? Te llevo.

Pura ¿Contigo? ¿De veras? (Con extraordinaria alegría.)

Cris. Un mes, dos, un año... lo que quieras.

Pura (Estallando en júbilo.) Cristina de mi alma... sí quiero. Tú no sabes... Qué pena verte marchar... qué pena quedarme yo siempre... Madrid... Madrid... ¡Qué alegría!... (Transición.) ¿Pero y ropa? Yo no tengo ropa para eso...

Cris. La tendrás, descuida, toda la que necesites.

Pura ¿Y sombrero?

Cris. Y sombreros...

Pura ¿Querrá madre?

Cris. Vé y dila que lo de ese hombre se acabó; dale tú esa alegría que de lo demás yo me encargo...

Pura (Haciendo mutis izquierda.) Ay, Cristina... qué mala he sido contigo y tú qué buena... ¿Me perdonas?

Cris. Sí, cabecita loca, sí, anda, anda... (Cuando ha desaparecido Pura.) ¿Ella también?... no; eso sí que no. Gracias a Dios... Aun es tiempo de evitarlo... ¡Será el orgullo de mi vergüenza! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un salón de confianza en la casa de Cristina, en Madrid. Puertas a derecha e izquierda. En el foro amplio mirador por el que se ve una espaciosa calle arbolada. Mobiliario de muy buen gusto. Un velador con juego de fumar, servicio de licores en otro. Un secreter de señora, otros muebles y objetos de capricho. Son las tres de una tarde de invierno.

—

(CRISTINA, RIPOLL, BERAZA; luego RAMÓN, PEPE y PURA.)

Cris. (Sale por la izquierda hablando con los que se supone dentro.) Vamos, el que quiera fumar que pase aquí.

Rip. (Entrando detrás de ella.) ¿Quiere? (Ofreciéndola la pitillera. Habla con acento catalán, pero no es un tipo de sainete.)

Cris. No, gracias.

Rip. Son turcos, de contrabando, ¿sabe?

Cris. He dejado de fumar, amigo Ripoll; el cigarrillo me ponía amarillos los dientes.

Ber. (Que entra tras de Ripoll.) ¿Y ha dejado usted de fumar solo por eso? (Se inclina.) Agradezco muy de veras el sacrificio. El placer de fumar era sólo para usted; el de admirar sus dientecitos es para todos nosotros.

Rip. Caray, qué galante se ha vuelto el compañero revolucionario.

Cris. Es verdad; siempre me olvido que es usted el coco del banco azul, el terror de las derechas... (Tararea bajito los primeros compases de la Marsellesa.)

Ber. Sí, señora, republicano, radical. Casi ácrata. Deme usted uno de esos turcos de contrabando, amigo Ripoll... Soy partidario de la bandera libre.

Cris. Parece mentira que con tales ideas sea usted tan amigo de Pepe.

Ber. Al contrario, la opinión no es la amistad; para conservar ésta, basta sólo tener de común con el amigo, lo que llamaré una tira, uno de los colores de la bandera... en el caso presente el color, la tira es usted.

Cris. Es lo único que nada de común tiene con Pepe, que yo sepa...

Ber. La admiración por usted, ya ve si en esto estamos de acuerdo; en cuanto a lo demás, está justificadísimo que Pepe sea conservador, como se explicará usted que yo sea partidario del reparto social.

Rip. Mire, si llega a conseguirse esto, yo me declaro en seguida centralista.

Cris. ¡Qué buen humor tienen ustedes! (Mirando a la izquierda.) ¿Pero qué están haciendo allí que no vienen?

Rip. Charlando con su hermanita, que también es una verdadera monada.

Cris. Gracias por él también y por ella.

Ber. Por cierto que extrema usted demasiado el cuidado de su inocencia... ya no es una colegiala.

Cris. Cumplo mi deber... ¿Una copita? (Invitándoles.)

Rip. Yo, Mono; soy proteccionista.

Ber. A mí Benedictino...

Cris. Un radical...

Ber. Sí, señora, del enemigo el consejo. Ya sabe usted que en los prospectos aconsejan los RR. PP. tomar una copita después de comer bien. (Beben.)

Cris. Luego combatirá usted las instituciones religiosas...

Ber. Hay que oponerse a la reacción. Hoy habrá votación contra el Gobierno y es casi seguro que le derrotemos... Si usted mirase por los intereses de Pepe, no debía usted dejarme salir en toda la tarde.

Cris. ¿Por qué?

Ber. Porque se salvaría el gabinete.

Cris. ¿Le interesa a usted mucho?

Ber. El gabinete precisamente no; pero ya sabe usted que al lado del gabinete suele estar...

Cris. La sala, que es donde nos debemos quedar, ¿le parece?

Ber. (Riéndose.) Usted debe redimirse a sí misma. Todas las mujeres que se ven obligadas a vivir con un hombre de dinero, no tiene otro medio de rehabilitarse que engañarle con otro que no tenga una peseta. Redímase usted, Cristina. Usted engaña a Pepe.

Cris. ¿Yo? ¿Qué dice usted?

Ber. Déjeme usted concluir. Es una hipótesis; usted engaña a Pepe y vuelve por sus derechos de libertad, se indemniza... ¿Quién mejor para ello que un colega de contrarias opiniones? ¿Quién puede ser ese colega?...

Rip. Su señoría, naturalmente.

Ber. Se cae de su peso; usted pertenece al pueblo y al pueblo debe reintegrarse: el amor debe ser libre, libre y desinteresado. Usted se... pasa a mí porque quiere, y yo la tomo a usted porque me gusta. ¿Está claro?

Cris. Como la luz.

Ber. ¿Y piensa usted como yo?

Cris. Tal vez, si no hubiera una pequeña dificultad con la que usted no cuenta; y es que, aunque usted quiera, yo no, y además, que no me gusta usted ni poco ni mucho para cambiar de... partido.

Ber. ¡Ah! Entonces...

Cris. (Acercándose a la izquierda.) Pero ¿se puede saber qué hacen ustedes ahí?

Pepe (Entrando.) Nada, como nosotros no fumamos...

Ram. (Que entra en escena con Pura detrás de Pepe.) Estábamos catequizando a Pura para que no nos deje tan pronto, pero no hay medio de convencerla.

Cris. Muy bien, hija; tanto afán para venir a Madrid, tanto entusiasmo los primeros días y ahora...

Pura Ya llevo aquí tres meses.

Cris. ¿Y qué? ¿Ya te has aburrido?... Espera a que pase el invierno.

Rip. Eso; quédese usted un par de meses más... Hágame caso a mí y ya verá cómo no la pesa...

Cris. ¡Hola, hola!... ¿Piensa usted acaso pedirme su mano?

Pura ¡Cristina! (Enojada.)

Cris. ¡Animarse, animarse! Al fin y al cabo ustedes han de acabar por ahí; y Dios sabe cómo caerán; ya es hora de que piensen ustedes en sentar la cabeza.

Rip. ¡Ay, mire que siempre se ha de mentar la cabeza cuando se habla de matrimonio!...

Cris. ¡Ripoll!... por Dios, eso sobre ser muy viejo, es de mal gusto... (Todos hacen aspavientos al oir el chistazo.)

Rip. Nosotros sí que ya estamos viejos para pensar en valentías... Eso se queda para los pollos, para usted, Ramón; usted es el indicado...

Cris. Para él es pronto... antes debe pensar en crearse una situación desahogada...

Pura O dejan ustedes eso, o me retiro...

Cris. ¿Pero qué mosca te ha picado de pronto?... Ya sabes que todo es pura broma...

Ber. (A Ripoll, llamándole desde segundo término.) ¿Me da usted fuego, Ripoll? (Ripoll sube y le ofrece una cerilla. Quedan hacia el foro.) Vaya una plancha, amigo...

Rip. ¿Plancha?

Ber. Pida usted patente y monte una fábrica...

Rip. ¿Por el chiste de la cabeza?

Ber. No, hombre; que se le ocurre a usted hablar de Ramón como de marido posible para Pura cuando con quien se entiende es con Cristina.

Rip. ¡Atiza!... Pero, ¿usted cree?

Ber. ¿No se ha fijado en la cara que puso Cristina y en lo rabiosa que está la otra? ¿No se fijó usted tampoco en el susto que se llevó Cristina cuando yo le dije: usted engaña a Pepe? Si sólo para eso llevé yo la conversación por ese camino...

Rip. Pues no había reparado... Y es que mire; a mí me saca usted de tratar una señorita de esas que no levantan los ojos del suelo, o una atracción de varietés... y ya no doy al

pie con la bola... Estos términos medios no los comprendo... o carne o pescado. (Beraza encendió con la primera cerilla que Ripoll le dió, pero éste distraído ha vuelto a encender otra y otra.) ¿Pero no enciende usted?

Ber. Yo encendí hace una hora.

Rip. Haberlo dicho. Oiga: ¿Y usted por qué le gasta esas bromas a Cristina?

Ber. Rencor. Me gusta una barbaridad y no me hace caso.

Cris. (Separándose de otro grupo e interponiéndose entre los dos.) ¿A que están ustedes hablando mal de mí?

Ber. Imposible, después de lo bien que nos ha dado usted de comer.

Cris. Eso no le hace; también va usted a votar contra el Gobierno... y ya sabe usted que soy de la mayoría.

Ber. (Riendo.) Eso necesita una explicación o vamos al terreno.

Rip. Donde las dan las toman... (Ríe.)

Cris. (Cogiéndolos a los dos del brazo y llevándolos hacia el mirador, donde quedan charlando animadamente.) Nos batiremos a tijera, que es arma femenina.

Pura (A Ramón.) Haga usted también el favor de dejarme en paz. No sabe el humorcito que tengo.

Ram. Tan alegre que estaba usted en la mesa,

Pura Eso; estaba.

Ram. ¿Se ha enfadado usted por lo que ha dicho su hermana? No ha sido nada que pueda ofenderla.... Era todo broma.

Pepe (Que se ha acercado.) Purita, Purita, es usted muy suceptible, muy quisquillosa...

Pura Lo seré, no lo niego; pero el día que quiera casarme escogeré yo a quien me guste; sin que me ofrezca en subasta mi hermanita...

Ber. (Bajando.) Ea, no hay mas remedio que marcharse. ¿Por qué no va usted también al Congreso?

Cris. Pepe nunca ha querido que vaya. ¿Verdad, Pepe?

Pepe ¿Qué es ello?

Cris. Que no te gusta que yo vaya a la tribuna del Congreso.

Pepe No, hijita, no. ¿Para qué?

Ber. ¿Qué hay en ello de malo?

Pepe Hombre, si de usted se tratara, seguramente que nada, dada su significación, sus ideas... Los míos ya sabe usted como son, en cuanto la vieran aparecer todo serían miradas, revuelo... Habría que ver lo que dirían los periódicos de ustedes al otro día, que no iban a despreciar la ocasión tampoco...

Ber. ¿De modo que está privada de oirle a usted hablar?

Pepe Me oye en casa... Sin contar con que ya ustedes saben que yo allí hablo muy poco... Pocas veces me habran ustedes oído, ¿verdad?

Ber. Pocas, pocas... Pero no se olvidan. (Con intención.)

Pepe Estando ella, para mí sería violento tener que pedir la palabra... seguramente no diría más que tonterías...

Ber. Que siquiera tendría esa disculpa... (Riendo.)

Pepe No, no... no quiero... más adelante.

Rip. Cuando sea ministro.

Pepe ¡Uf! Eso ya es más difícil.

Cris. (A Beraza.) ¿No llegará? ¿No vale para serlo?

Ber. Al contrario; todo el mundo vale para eso... es cuestión de oportunidad. Usted le perjudica algo para conseguirlo. La situación de usted no es normal y se ha hecho muy transparente. Por atenderla a usted descuida al Jefe; hace quince días que no va a jugar con él al billar...

Rip. Ya sabe usted que por nosotros no habrá dificultad. (A Pepe.) Le queremos bien...

Cris. Y después de todo, tampoco tengo yo mucho empeño en que seas ministro. Te sacarían en caricatura, tendrías como Enrique que hace una vida de perros, sin dormir, sin comer a tus horas, siempre de cabeza por la política...

Ber. Ella es la que en este momento nos separa de usted.

Cris. ¿Ya se van ustedes?

Rip. Sí, señora; es la hora. Encantado de su amabilidad y de su comida; cuente usted conmigo para una repetición.

Cris. Si tan agradable les ha sido, se repetirá...

Ber. Siguen las firmas.

Cris. Les tomo la palabra. Me gusta hacer deudores a los temibles.

Ber. Aquí no hay más que agradecidos. (Se despide.)

Cris. Pura, Ramón; acompañen ustedes a estos señores...

Pepe Yo salgo también.

Cris. Un momento; luego los adelantas en el auto. (Ripoll y Beraza se van por el foro con Pura y Ramón.)

Pepe ¿Qué quieres?

Cris. Lo primero, saber si estás contento. ¿Ha salido todo bien? ¿Te ha complacido el almuerzo?

Pepe Todo admirable.

Cris. Por Ripoll no me inquieto, es francote y sencillo; pero Beraza, tan intencionado...

Pepe No hay cuidado. Han comido muy bien, me he estado fijando. Tú has estado discretísima; el paso de hoy es definitivo, son los dos que más temía y después de haberles abierto esta casa y sentado a tu mesa... si no conmigo no estarán contra mí, nobleza obliga.

Cris. Me alegro muchísimo. ¡Ah, de sobra comprenderás que esto de hoy tiene que entrar en partida extraordinaria.

Pepe Pronto has dejado de ser discreta.

Cris. Hombre, son gastos de representación que no debo yo cubrir.

Pepe Por esta vez ponlos en los generales de este mes...

Cris. ¡Roñoso!

Pepe Parece mentira que tú digas eso y ahora más, que sois dos... tú y tu hermanita.

Cris. Pobrecito... el infeliz no tiene donde caerse muerto...

Pepe El que tenga, no quiere decir que haga tonterías para tirarlo. Ya sabes que lo probable es que haya crisis de un momento a otro... y otras elecciones... y vengan gastos...

Cris. Para eso sí que no regateas. Qué, ¿te sale más cara la política o yo?

Pepe Mujer, esas cosas no se preguntan; sobre que para mí es un deber sagrado. Papá no tenía una peseta cuando fué ministro por

vez primera... Justo es que yo haga algún sacrificio por el partido.

Cris. Menos mal que encima no andas aperreado como otros, gracias a tu secretario.

Pepe ¡El secretario! Ahora me haces recordar que también él pide aumento de sueldo.

Cris. ¿Sí?

Pepe Le tendré que dar cincuenta duros.

Cris. (Con fingida candidez.) ¿Semanales?

Pepe ¡Qué disparate! Al mes.

Cris. ¡Pues es bien poco! Yo creí que por lo menos tendría un par de duros diarios... ¿qué menos que trescientas pesetas al mes? Bien se las merece.

Pepe ¿Y tú qué sabes?

Cris. Hombre, eso se ve... Ya verás cómo en cuanto pueda te deja plantado. Justamente hoy decía Ripoll: Ese Ramón es una perla... Un secretario así me está a mí haciendo falta; es una perla... Ya ves... una perla por trescientas pesetas... es una ganga.

Pepe Claro, pero son trescientas pesetas distintas cada mes para una perla siempre la misma. En fin, vaya por los sesenta duros. No quiero a mi lado descontentos. Otra cosa, Pura quiere volver al pueblo, déjala.

Cris. ¿Te molesta?

Pepe ¿A mí? Al contrario; da a esta casa un tono de hogar que sabes que siempre me ha agradado. Y al mismo tiempo te acompaña a ti, representa cierta garantía.

Cris. ¿Qué quieres decir?

Pepe Nada, tonta, ya sabes que tengo plena confianza y no necesito que nadie te vigile, pero me es agradable que vayas acompañada de esa muchacha, ya que siempre te hago ir sola por no gustar de amigas para ti.

Cris. Entonces..

Pepe Si se empeña en marcharse no la vamos a atar...

Cris. ¡Ah! Vamos, ya comprendo, quieres quitar la de enmedio para librarte de lo ofrecido.. pues hijo, la palabra es palabra; a mi lado o fuera de aquí, si se casa a mi gusto y a mi gusto tiene que ser, hay que aflojar las treinta mil pesetas prometidas...

Pepe Ya que tienes tan buena memoria recordarás que esa promesa me la arrancaste en un momento de debilidad.

Cris. El único que tenemos de fuerza las mujeres. Me ofreciste un collar, y como en estos días me preocupa tanto la felicidad de mi hermana...

Pepe Sí, sí; pero, caramba. Treinta mil pesetas... es mucho collar y mucha debilidad la mía.

Cris. No te pese; harás a una criatura feliz. (Le abraza.) Ya ves qué satisfacción; eso sí que no siempre se compra. Y ahora vete a las Cortes, a cumplir con tu deber, y a servir a tus amigos. ¿Cenarás conmigo?

Pepe No sé... No sé... me asustan tus comidas...

Cris. ¿Lo dices por lo del almuerzo? Yo también quiero ser generosa. Te lo regalo.

Ram. (Entra por el foro.) Pura se ha ido a su cuarto, dice que no se siente bien.

Cris. ¿Qué tiene?

Pepe Que se habrá enfurruñado por tus bromas. Es una chiquilla.

Cris. Oiga usted, Ramón; hágame el favor, de camino que sale... ¿Te hace falta ahora? (A Pepe.) Para evitarte la molestia le voy a dar un encargo que te destinaba a ti.

Pepe Mándale donde quieras. Yo me escapo, que ya es muy tarde. (Mirando el reloj.) ¡Atiza! ya me he retrasado más de media hora. Hasta luego. (A Ramón.) Le espero en el salón de conferencias. (Mutis foro.)

Cris. Ante todo, una buena noticia... pero chitón por el momento. Pepe le sube a usted el sueldo... no quiero que me dé usted las gracias... pero mi trabajo me ha costado

Ram. No sé cómo agradecerle a usted lo bastante...

Cris. De doscientas a trescientas... ¡Es un saltito! ¿Eh?

Ram. Gracias, Cristina; mucha falta me hacen, pero aún las estimo más por venir de usted.

Cris. Andamos apuradillos... ¿verdad? claro, tiene usted mucha familia, la vida es tan cara. Madre, padre, una tía... ¿No me ha hablado usted también de una tía?

Ram. Sí, una tía solterona. Virgen ella y martir toda la familia, como yo digo.

Cris. Pues para todas será hoy un día feliz...

Ram. Gracias a usted... y a don José.

Cris. Esa gratitud le impedirá seguir abrigando ciertas intenciones respecto a él...

Ram. En justicia no tengo por qué modificarlas, toda vez que no es su generosidad quien me favorece; en cambio la protección que usted me dispensa es como algo que se levanta entre usted y mi cariño; parecerá esto ingratitud, quizás soberbia... yo le suplico que no lo crea así... es humillación; consigue que a mis manos lleguen más pesetas... ¡qué lejos está todo esto de aquello otro... y qué necio yo cuando tomé por promesas lo que sólo fué también generosidad... qué ridículo he debido parecerle a usted!

Cris. Puedo jurarle a usted, Ramón, que todo hubiera podido imaginarme menos lo que me está usted diciendo. De tal manera me ha sorprendido. Puedo asegurarle a usted que nunca pasó por mí el pensamiento que me atribuye... Pero bien está, muchas pruebas tenía de su talento, de su habilidad... confieso que ésta me ha desconcertado. Nada serio le compromete a usted conmigo... podía haberse ahorrado el esfuerzo que ha puesto en distanciarse. Si yo ofrecí vagamente, fué instigada por su solicitud y en ello no hubo compasión, se lo aseguro; las mujeres damos por lástima, protección, amparo, dinero, la camisa que llevamos puesta... cariño... eso no; eso se da o se ofrece... por algo que usted no ha sabido ver... y que yo no debí nunca sentir... se lo digo, porque ya es tarde; ni en mis promesas hubo compasión, ni en mi protección hay nada humillante... Ahora ya sé a qué atenerme... y de los dos crea usted que yo soy quien le debe gratitud; me ha enseñado usted el camino cuando estaba a punto de extraviarme, se lo agradezco y no lo olvidaré, sólo deseo saber a qué otra persona debo este beneficio...

Ram. ¿Usted supone?...

Cris. Los hombres en esto son ustedes muy torpes, se dejan ver muy claro.

Ram. Yo le juro...

Cris. No jure usted, no le creo.

Ram. Cristina, oígame usted, todo cuanto la he dicho me ha salido del fondo del alma, sin que nadie haya podido ejercer la menor influencia... lo he creído así, y tal como lo pensaba se lo he dicho; dígame usted que no es verdad... pero no me condene usted.

Cris. Ramón, dejemos este asunto, seamos razonables, es lo mejor.

Ram. Yo no puedo quedarme así; esas suposiciones...

Cris. Si se obstina usted volveremos sobre el tema, por hoy no, se lo suplico, por hoy basta.

Ram. Es... que...

Cris. Le hablé a usted de un encargo... ¿verdad?

Ram. ¡Cristina!

Cris. Se trata de una cosa que Pepe no debe saber; ya inventaremos algo que decirle, ya ve usted que la confianza, por lo menos, aún no se la he retirado... Escuche usted. Poseo un pequeño capital... completamente mío.

Ram. Ya; ahorros.

Cris. (Después de una pausa.) No.

Ram. Comprendo. (Con una sonrisa maliciosa.)

Cris. No comprende usted nada; en esto también se ha ido usted por los cerros de Ubeda.

Ram. Perdóneme usted.

Cris. Es... ¿cómo diría yo? Una liquidación... de un difunto. Me legó unos tapices, unas joyas antiguas y algún numerario... conseguí realizarlo todo hace algún tiempo y adquirí unas acciones de la Tabacalera. No he querido hablar nunca a Pepe de esto... porque no conviene que sepa que tengo dinero, sería un pretexto para que escatimara el suyo.

Ram. En efecto.

Cris. Pude haberme confiado a Fernández y haber dejado los títulos depositados en su casa de banca, para que cobrara los cupones, pero me exponía a una indiscreción o a suposiciones si le encargaba reserva... Usted es quien solo me inspiraba confianza... usted dirá si aún puedo contar con usted.

Ram. Cristina, no me hiera usted con ese tono.

Cris. Fernández, a quien he llamado para otro asunto, va a venir; si usted no quiere encargarse de esto, le daré esta comisión a él.

Ram. Mándeme usted lo que quiera.

Cris. (Saca un paquetito de cupones del «secretaire.») Aquí tiene los cupones ya cortados; corresponden a cincuenta mil pesetas efectivas.

Ram. No fué tacaño el difunto.

Cris. Fué riquísimo, esto es un recuerdo insignificante para su fortuna.

Ram. No deja, sin embargo, de ser un gratísimo recuerdo...

Cris. ¿Tendré que arrepentirme de mi confianza?

Ram. No he dicho nada. ¿Si pregunta don José?...

Cris. Le dice usted que ha ido por un palco al teatro.

Ram. ¿A cuál?

Cris. Al que más rabia le dé; y para que sea verdad, lo compra usted efectivamente, y como si pretendo darle el dinero, se me va usted a poner por las nubes, se fastidia, lo compra y me lo regala usted... Así.

Ram. Y de lo nuestro...

Cris. Ha sido muy fuerte el nublado, y aunque de lejos, aún relampaguea... hay que esperar que se despeje... si se despeja.

Mateo (Por la izquierda, con bandeja y tarjeta, que entrega a Cristina.)

Cris. Fernández: que pase.

Ram. Yo sobro.

Cris. No por eso... No tiene usted enmienda. ¿Volverá usted?

Ram. Sí, señora, volveré. (Mutis por el foro.)

Cris. (Después de una pausa, cierra el secreter y se mira en un espejo.) ¡Bah, para Fernández, demasiado!

Fer. (Por el foro. Es un hombre de cincuenta años, muy feo, pero muy bien vestido, nada de ridículo ni grotesco; es muy miope y usa lentes.) Señora, buenas tardes.

Cris. Hola, buen mozo...

Fer. ¿Buen mozo? Malo. Por lo visto está usted de mal humor. ¿Y Pepe?

Cris. (Le ofrece asiento.) Se ha marchado hace un buen rato, después de almorzar.

Fer. Ya.

Cris. Hoy hemos tenido invitados. Dos diputados

enemigos de Pepe que son muy amigos suyos, su secretario y mi hermana.

Fer. Qué monísima es su hermanita de usted... Linda de veras.

Cris. ¿Y qué dirá usted cuando sepa que ella es la causa de que yo le haya molestado a usted?

Fer. ¿Ella?

Cris. Ni más ni menos.

Fer. No se me alcanza qué relación pueda haber.

Cris. Quiero casarla.

Fer. ¿Y ha pensado usted en mí? Declaro lealmente que, por mucho que me halague tal proposición, tengo que renunciar a esa dicha; en mis cálculos no entra el matrimonio.

Cris. He contado con usted, pero no para lo que se ha figurado... ¡qué locura, pobre muchacha!

Fer. ¡Ah! (Un poco picado.)

Cris. Como yo hago una vida que no me permite salir de un círculo especial... y Pepe, ocupado siempre con la dichosa política, no concedería a este asunto atención ni interés... he pensado que usted, que tanta gente conoce, que tantas veces se me ha ofrecido para todo, podría guiarme con sus consejos.

Fer. Ya... ya... No deja de ser original.

Cris. Usted, que trata tanto muchacho... ¿no conocen ninguno que nos pudiera convenir?... Conque—aparte de un físico regular—fuera trabajador y bueno, yo me daría por contenta. ¿No cae usted?

Fer. No abundan en esta condición los que yo conozco... y entre estos, lo que es casarse... lo que se dice casarse...

Cris. Delante del cura y del juez y con todas las de la ley. Si no, ni hablar de ello... Se trata de una niña decente, ¿sabe usted?

Fer. No me permito dudarlo... Pero, vamos, yo, francamente, no conozco... fuera de mis asuntos, de la Bolsa, del Banco... no conozco... no sé...

Cris. Tendré que ayudarle.

Fer. Diga usted, diga usted.

Cris. Yo ya había pensado en alguien.

Fer. ¿Que yo conozco?

Cris. Usted no se ha fijado tal vez, porque no le interesa, pero yo, cuando voy con mi hermana, soy algo así como una mamá, observo, vigilo... no se me escapa nada. ¿No reparó usted el domingo pasado cuando hicimos la excursión en automóvil... Por cierto que la jira fué deliciosa, verdaderamente espléndida... Pepe volvió encantado, usted, además de dinero, tiene buen gusto, sabe gastarlo, es un verdadero gran señor.

Fer. Gracias, cuántas flores...

Cris. Es la verdad; como decía, aquel muchacho que vino con nosotros, su secretario o su cajero de usted creo... estuvo muy obsequioso con mi hermana... me pareció un chico muy formal, y cuando usted lo tiene en estima, seguramente será honrado, trabajador.

Fer. En efecto; es todo eso... y casado.

Cris. ¡Ah! ¿Está casado?... Pues ni una palabra más... No se me ocurrió que pudiera estar casado... Buscaremos por otro lado, ¿verdad?

Fer. Yo es difícil...

Cris. Cuánto siento haberle a usted distraído de sus asuntos para esto...

Fer. Al contrario; es un verdadero honor para mí gozar de su confianza; espero tener más suerte en otra ocasión. ¿Y sabe usted que resulta muy pintoresca en este nuevo aspecto de mamá casamentera?

Cris. ¿Y quién sino yo podría hacerlo? ¿Quién tiene ella que se interese por su porvenir? Nuestra madre, es cierto, pero nunca quiere salir de su rincón y no es cosa de buscar en él acomodo para la muchacha .. picamos más alto. La he encontrado de pronto convertida en mujer, con aspiraciones, con justas ilusiones... ¡Y le perjudica tanto ser hermana mía!... Usted ha insistido tanto en ponerse a mi disposición, que por eso, al ocurrírseme la idea del muchacho ese, me atreví a molestarle.

Fer. Cierto que a su disposición estoy y que reitero mi ofrecimiento, aunque en otro sentido muy diferente... Yo me había hecho ciertas ilusiones al recibir su carta...

Cris. Siempre lo mismo y siempre como todos;

vea usted cómo hay pocos que me comprendan, y en usted me extraña, le tengo por muy inteligente. Que otros me crean loca, irreflexiva... qué sé yo... bueno; usted no debe ser tan ligero en sus apreciaciones. Me estima usted en muy poco... no soy como usted supone... y como soy hay que tomarme.

Fer. Acepto gustoso la invitación. (Se levanta y ella le imita, retirándose.)

Cris. ¡Qué chistoso!... Preciso es reconocer que su simpatía hace olvidar la originalidad de su físico...

Fer. No es tampoco grano de anís la alusión... Claro; usted siempre rodeada de bellezas nota de un modo más sensible mi fealdad... una razón más a justificar lo expedito de mis procedimientos. Los hombres pasables, no digo ya los bellos, convencen solo con sus prendas personales hasta pasados los treinta años; de treinta a cuarenta.. con experiencia y picardía, de los cincuenta en adelante con la cartera; (La muestra.) yo... he tenido siempre cincuenta años... en ese sentido es en el que estoy a su disposición.

Cris. Pierde usted lastimosamente el tiempo.

Fer. Se toman por hambre hasta las fortalezas mejor defendidas.

Cris. Es que yo no tengo hambre.

Fer. Tampoco es usted una fortaleza precisamente... El día en que usted me necesite... y no para casar a su hermanita, ya sabe usted, vivo, Arenal, 80.

Cris. Conseguirá usted enfadarme.

Fer. Si yo le dijera—el día que usted se enamore de mí, ya sabe dónde vivo—tendría usted derecho a ofenderse, pero yo no le hablo a usted de amor... Uso lentes para ver claro y en mi casa tengo las paredes llenas de espejos para verme a mí mismo... Yo tengo un invencible capricho por usted.

Cris. ¿Y esa es razón bastante para mí?

Fer. Eso no es de mi cuenta .. Yo tengo ese gran capricho, y, como no me forjo ilusiones, trato este asunto como hombre de negocios, con sentido práctico... Yo demando... se

hace una cifra que yo acepto por de contado, y se ultima la operación.

Cris. (Riéndose.) No vale la pena ni de ofenderme... Yo no soy una mercancía...

Fer. De todos modos aquí está mi tarjeta con mis señas. (Se la ofrece.)

Cris. Las conozco, no son fáciles de olvidar las señas de usted...

Fer. Paso por el chiste y dejo la tarjeta. (La deja en un mueble.) Saber que en la calle del Arenal está la casa de banca de Fernández y Compañía no es una tentación, pero puede serlo un nombre visto al azar en una tarjeta que aparezca en un cajón de un *secretaire*. En un momento crítico puede ser una solución... El ¡ah! que resuelve el conflicto... Yo espero.

Cris. Sentado, para no fatigarse.

Fer. No tengo prisa. Soy joven aunque mi fealdad me haga tener muchos años.

Cris. Habla usted demasiado de su fealdad. Es una pose como otra cualquiera.

Fer. No lo crea usted; la recuerdo con tanta frecuencia, porque le estoy agradecido... Si yo no fuera como soy, Pepe, por ejemplo, no me honraría con su excesiva confianza... Los imbéciles claro que necesitan ser bellos... Para un hombre inteligente la fealdad es muy útil... A ella le debo yo mi fortuna. De haber sido guapo, hubiera de joven perdido lastimosamente el tiempo en amoríos, dispendios y aventuras... feo, me encerré en mi espíritu dispuesto a conquistar mi parte en el mundo con algo que puede más que la hermosura... Oculté mi fealdad y trabajé con ahinco... cerca de los cuarenta años analicé mi positivo valer y saqué mi cara a la luz del sol, garantizada por una firma que la hizo agradable... Ya ve, usted, sin deberme nada, me encuentra hasta agradable—usted lo ha dicho—. ¿Qué será otros... y otras? Guarde la tarjetita, eso no estorba.

Cris. ¡Hay días! Hoy es usted el segundo que me habla de amor..

Fer. ¿Sólo el segundo?

Cris. El tercero, hay uno que no cuento.

Fer. Precisamente el que le gusta, ¿verdad? Otra de mis ventajas. Eso no es obstáculo para mí... Conmigo, el que esté... se queda. Tengo muy poco tiempo de que disponer. (Corta pausa.) Señora... (Se inclina y lentamente hace mutis por el foro mirando a Cristina codiciosamente, con malicia y sin dejar de sonreir.)

Cris. (Después de irse Fernández, y tras de una pausa, hace ademán de romper la tarjeta, y, por fin, la tira en un cajón del «secretaire», después se acerca a la izquierda y llama) ¡Pura!

Pura (Entrando con una laborcita de mano.) ¿Se marchó la visita?

Cris. Ya lo ves. ¿Conque decididamente te empeñas en volver al pueblo?

Pura Sí, sí, cuando quieras.

Cris. Pero si yo no quiero.

Pura No, no, cuando quieras dentro de lo más pronto posible.

Cris. ¿Pero a qué viene esa determinación y esa prisa?

Pura Llevo aquí tres meses y estoy ya cansada... Esto de ver tanta gente, de tanto vestirse y desnudarse; para el almuerzo, para el paseo, para el teatro... me marea... Yo no he nacido para esta vida. Quise conocerla, ver mundo... Ya lo he visto y quiero volverme a casa, a lo mío... No me gusta ni Madrid, ni tus madrileños... todos son lo mismo, el mismo frac, los mismos modales... me aburren, me dan rabia... quiero volver al pueblo.

Cris. Ya te lo dige yo aquel famoso día. ¿Te acuerdas? Cuando creías que mi vida era alegre y feliz... Si a los tres meses tú ya estás cansada, figúrate cómo estaré yo...

Pura (Nerviosa y reprimiéndose.) Tú... tú es otra cosa. Tú al fin y al cabo haces el papel principal... no eres la figuranta, la comparsa... Por eso yo me aburro, ¡claro! la música suena para las dos, es verdad; pero tú bailas y yo bostezo.

Cris. ¿Sabes que eso más parece envidia que otra cosa?

Pura Yo no envidio nada, lo que no me resigno es a seguir haciendo el papel que hago; to-

dos los halagos para ti, para ti todas las miradas... para que en mí se fije alguien, has tenido, como esta tarde, que casi subastarme...

Cris. Eso no es cierto, y en cuanto a que me galanteen, no creo que debe molestarte.

Pura ¿A mí... por qué?

Cris. Hablas como si estuvieses quejosa de mí...

Pura Al contrario, tú has hecho cuanto has podido; si no sé, o no puedo disfrutar de esta vida y de este lujo, mía es la culpa por ignorante... no sé sobresalir, distinguirme... soy una lugareña...

Cris. No sé qué te pasa, pero es muy extraño lo que te sucede... ¿Te ha ofendido alguien?

Pura Nadie y todos; yo en el pueblo me figuraba las cosas de otro modo... sabía esto, pero no lo había visto... Pepe es bueno, pero al fin y al cabo es para ti... lo que es... los demás, en otro sentido, son peores.. Hablan de un modo... Te miran como si quisieran desnudarte con los ojos.. No quiero estar aquí más tiempo... no.

Cris. Vuelvo a decirte que eso no es más que rabia y envidia.

Pura Puede que sea rabia, pero también es vergüenza.

Cris. ¿De mí? Tienes razón, pero no merecía este pago... (Dolorida.)

Pura No te enfades y déjame marchar.

Cris. El sábado. ¿Te parece?

Pura Antes, si puede ser...

Cris. Mañana... No eres buena. (Se va hacia la derecha.)

Pura Cristina, oye... yo... (Arrepentida de su dureza.)

Cris. Basta; prepara tus cosas, te llevaré yo misma.

(Pura se queda indecisa mientras Cristina ha hecho mutis por la derecha. Recoge la labor que dejó en cualquier parte y se dispone a salir. En este momento entra RAMÓN por el foro.)

Pura (Rápidamente y secamente como si quisiera cerrarle el paso e impedirle entrar en el cuarto de su hermana.) ¿Buscaba usted a Cristina?... No se puede entrar... Se ha echado. Le duele la cabeza.

Ram. Entonces, volveré. No es urgente.

Pura (Después de un momento de indecisión.) Adiós.

Ram. ¿Se marcha usted? ¿Por qué se escapa así?

Pura Tengo que hacer.

Ram. Siempre trabajando; es usted lo que se llama una mujer de su casa; una alhajita.

Pura ¿Todavía? Siempre está usted lo mismo; piropo sobre piropo. ¿Alhajita? Una alhajita con dientes.

Ram. Y preciosos.

Pura ¡Y firmes!

Ram. ¿Por qué no trabaja aquí?... ¿Tiene miedo a que Cristina la regañe?

Pura (Con acento de niña mimada.) ¡Sí!

Ram. ¡Qué niñería!... ¿Qué labor es ésta?

Pura (Poniéndole la labor debajo de los ojos.) Mire, mire a ver si se calla de una vez. ¿Lo ha visto usted ya?

Ram. Sí, lo he visto, pero si usted no me explica... ¿Es una blusa? ¿Un camino de mesa? ¿Una sobrepelliz? Yo no entiendo de estas cosas. Veo que es una labor muy bonita, muy fina, pero no acierto a qué se puede aplicar... Y dígame, ¿le ha dado de repente esa jaqueca a su hermana?

Pura (Secamente.) Por lo visto.

Ram. La han mareado demasiado con el almuerzo, ¿verdad?

Pura ¡Pschs!

Ram. Es simpático ese Beraza... Ripoll, no tanto, aunque es más llanote... ¿Sabe usted que don José me ha subido el sueldo?

Pura Tendrá miedo de que usted se marche.

Ram. Es que trabajo mucho.

Pura Tal vez demasiado.

Ram. Especialmente algunos días no tengo un momento de descanso... Y ahora tendremos elecciones... ¡no le digo a usted nada! Habrá que escribir doscientas o trescientas cartas diarias.

Pura ¡Qué de mentiras dirá usted!

Ram. ¿Y qué remedio? Los electores son como las mujeres; es preciso darles largas y mantenerlos adictos con buenas palabras.

Pura En eso debe ser usted maestro.

Ram. ¿Y usted qué sabe? ¿Por qué me dice eso?

Pura Hombre... lo veo; me lo figuro.

Ram. Pues se equivoca usted. Alguna vez es preciso decir algún embuste... A usted le sucederá lo mismo.

Pura ¡Yo no; yo no sé mentir!

Ram. Vamos, vamos, que usted también dirá de cuando en cuando sus mentirillas, ¡por algo es usted mujer! Se trata de embustes inocentes, que se dicen por el gusto de decirlos... especialmente los que se dicen al novio o a la novia, son los más sabrosos. ¿No es cierto?

Pura ¿Y a mí me pregunta usted? ¡Como si yo tuviera novio!

Ram. ¡Ya está, ya está la mentira!... ¡Que no tiene usted novio!... Aquí quizás no; pero en el pueblo...

Pura Cristina es una parlanchina; una chismosa.

Ram. ¿Luego es verdad?

Pura ¡No, señor! ¡Es mentira!... En el pueblo había uno que me galanteaba... pero habré hablado con él unas seis o siete veces... Y después de todo, ¿qué le importa a usted?... No tengo novio ¡ea!, esa es la verdad, pero aunque lo tuviera... No quiero novios ¡se acabó!

Ram. Entonces, ¿por qué esa prisa de volver al pueblo? Sobre todo, sabiendo que su marcha nos ha de entristecer.

Pura (Mirándole mucho.) ¿Entristecer a quién?

Ram. A su hermana, a don José, a mí; a todo el mundo.

Pura Que yo me quede o me marche, ¿qué les importa a ustedes?... Huelo a paleta desde una legua; hablo que da grima oirme. Y con estos trapos que no tengo costumbre de llevar estoy hecha una visión; sí, una visión.

Ram. ¡Pero si viste usted sencillísimamente, demasiado tal vez!

Pura Como que una noche me puse un vestido de Cristina que me mandó arreglar para el teatro y me quedé en casa, segura de que el público se hubiera fijado más en mí que en la característica que hacía el sainete. Soy una cursi, sí, señor; no sé llevar los trapos.

Ram. (Que sonriendo niega.) Vamos, que eso no es verdad. Ni lo es, ni usted misma lo cree así.

Pura ¡Qué empeño en negar la evidencia! ¿Cree usted que me halaga? Pues se equivoca por completo. Cada vez que uno de esos señores de mundo me dice una frase amable, en seguida corre al lado de Cristina como para que ella les perdone la herejía. Y usted también, sí, señor; así como suena. (Flechada a pesar suyo.) ¿Acaso se ha dignado usted ni una sola vez dirigirme una mirada? Sólo esta mañana, por excepción, ha tenido usted a bien echar un párrafo conmigo, y para eso, porque estaba sentada a su lado en la mesa y era un deber de cortesía.

Ram. (Protestando.) Tampoco eso es verdad. Yo me he dignado, como usted dice, mirarla siempre; hasta el domingo pasado, cuando usted no tenía ojos más que para el secretario de Fernández.

Pura Sí, señor... coqueteaba con él... para darle rabia a otro.

Ram. ¿Y quién era ese otro?

Pura Quien sea... ¡Otro!

Ram. Muy bien, pero que conste que yo la he mirado a usted desde el primer día... y que siempre la he encontrado monísima, encantadora...

Pura ¿Volvemos? Ahora me dice usted todo eso por quedar bien.

Ram. No diga usted eso, criatura; cuando habla usted de ese modo le quita los bríos al más decidido. Figúrese que yo deseara decirle que la quiero...

Pura (Sonriendo y ocultando la cabeza con rubor y satisfacción.) (¡Dios mío!)

Ram. (Sin interrumpirse.) ¿Cómo he de decírselo si usted me deja con la palabra en la boca?

Pura ¡Pobrecillo! ¡Tan tímido como es!... Mire, el deber de cortesía ya está cumplido; conque punto final.

Ram. (Cada vez más insinuante y subyugado por la ingenuidad de la muchacha.) ¿De veras? ¿Quiere usted que hagamos punto?... ¿Ya se ha cansado usted de escucharme?... Usted es la despectiva, la huraña, la que se niega a escuchar palabras cariñosas.

Pura (Con menos resistencia.) Porque sé que no son sinceras...

Ram. O porque se las dice a usted un hombre que no le gusta.

Pura (Despectiva.) ¡A mí no me gusta nadie!

Ram. (Continuando.) Y menos que nadie, un pobre, un desgraciado.

Pura ¡Por eso no!... Tengo unas ganas de que me quieran bien, de querer yo... aunque sea a un hombre que gane diez duros al mes...

Ram. (Rápido e insinuante pero dando un tono jocoso a sus palabras.) ¡Yo gano sesenta!

Pura (Rapida.) ¡Pues buen provecho!

Ram. ¿Lo ve usted? ¿No da a entender bien a las claras que para conquistarla hacen falta millones? ¡Como yo no los tengo!...

Pura Pero, ¿se cree usted que yo soy tonta? Cristina para arriba, Cristina para abajo... La expedición hasta el pueblo para verla. Siempre pegado a sus faldas para saber si tiene una orden que dar. Usted es como los demás... Y es muy lógico. Cristina tiene gracia, sabe hablar, sabe hacerse querer. (Viendo sonreir a Ramón añade con enojo.) ¿Me hace usted el favor de explicarme el por qué de esa sonrisa?

Ram. (Tiernamente.) Siga usted... Siga usted hablando... ¡Si usted supiera lo monísima que se pone cuando se enfada!... Pero se equivoca en lo que dice, se lo juro a usted. Nunca he pensado en Cristina.

Pura ¡Embustero!

Ram. (Con acento de reproche.) ¿Qué?

Pura (Más débilmente.) Usted dispense... pero repito que es usted un embustero.

Ram. Bueno, diré que ya no pienso en Cristina, esta es la verdad pura... ¿Y ahora me cree usted? (Le coge una mano que ella retira rápidamente.) ¿Me cree usted ahora? Dígame usted que cree en la sinceridad de mis palabras. (Pura dice que no con la cabeza, pero con ganas evidentes de contestar lo contrario.) No se puede pensar en dos mujeres al mismo tiempo... Lo que hay es que yo nunca me había figurado... Sí, nunca podía suponer que tú .. ¿Me permite tutearla sólo un momento? ¡Es usted tan niña todavía!... ¿Cómo podía imaginar que usted, que tú, te ibas a fijar en mí...

y que me quisieras un poco; poquito si quieres, poquito; pero un poquito? Sí, ¿no es verdad?

Pura (En un suspiro.) ¡Si no fuera más que un poquito!...

Ram. ¿Mucho?... ¡Ah, Pura!... Yo también a ti.. desde hoy, desde hace una hora... No sé, pero tanto, tantísimo, que... Me parece que te quiero desde siempre, desde el día mismo en que te vi en tu casa. (Pura sonríe débilmente un tanto apenada.) ¡Tienes razón! (Casi ciñéndole la cintura.) ¡Dudas! ¿Cómo creer de repente en un cariño de repente confesado y de repente descubierto? Yo pasaba a tu lado y apenas si te veía... Había a mi derecha una flor roja, una flor abierta y llamativa... Y yo miraba a aquella flor sin verte a ti. (Acercando su rostro al de ella y murmurando palabras a su oído.) Este es el amor... ¿verdad? Lo otro no es más que el deseo, la sed ardorosa. Tú eres el manantial puro, ven.

Pura No, tengo miedo... tengo miedo...

Ram. ¿De qué?

Pura De todo. De lo que está usted diciendo... Nadie me había hablado así nunca... Usted me habla de un modo que me aturde.. No sé... Si cierro los ojos, me hace el efecto de que veo muchas estrellas... La emoción de hoy no la he sentido nunca... Tengo miedo de que usted me hable así por entretenerse, por burlarse de mí nada más... pero usted... no; ¿verdad que no sería tan malo?... ¡Le quiero a usted tanto!... (Ruborosa.) ¡Ya se lo dije!... ¡Y nunca le he dicho una cosa así a nadie, a nadie! ¡Nunca a nadie! (La luz se debilita: poco en la batería, más en las supletorias que iluminan el forillo.)

Ram. ¡Pura mía! ¡Pura de mi vida!... ¡No, no, no! ¿Qué me he de burlar de tí?... ¡Cómo tiemblas!... ¡No tiembles!... ¿Por qué tienes tanto miedo?

Pura ¡Hay tanta obscuridad!...

Ram. No importa; yo te veo lo mismo. ¿No ves que te siento dentro de mí? Dame tus manos y cierra los ojos como yo. (Pura le da las manos y cierra los ojos.) ¿Me ves? ¿Me ves tam-

bién con los ojos cerrados? Esa es la prueba. Si sigues viéndome, es señal de que me quieres.

Pura (Lentamente, dulcemente, idealmente.) Sí; me parece verte también... Y veo todavía las estrellas... muchas estrellas... y a ti... a ti...

Ram. (Reteniendo las manos de Pura y apoyando su cabeza en la de ella.) ¡Ahora, silencio... silencio... silencio!

Pura (Medrosa y temblando, muy bajito.) ¿Por qué?

Ram. No hables, ahora no se habla, se sueña.

Pura (Muy débilmente.) Sí, soñar... soñar...

(Un momento antes entra Cristina en escena rápidamente y se detiene al ver a Pura y Ramón. Escucha dolorosamente las palabras finales, y sin hablar, expresando solo con el gesto el tremendo estado de su alma, retrocede y desaparece tras un biombo o una cortina sin ser vista por la feliz pareja.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salita modesta en una casa burguesa. Puerta al foro y dos laterales. Estradito de poco precio y muy antiguo, conservado a fuerza de plumero y resguardado en asientos y respaldos con labores de crochet, cortinones haciendo juego, mesa en el centro, algunns sillas volantes de rejilla, algunos grabados con marco, un brasero de copa Es de día.

—

(RAMÓN, JERÓNIMO, CAROLINA y ANA. Carolina tiene unos cuarenta o cincuenta años. Ana y Jerónimo por el estilo. Ana es una señora modesta y agradable. Carolina, por el contrario, en vestido y peinado es pretenciosa y ridícula, una solterona de sainete. Carolina, Ana y Jerónimo juegan al dominó en la mesa del centro. Ramón lee un periódico.)

Car. Cuatro doble. ¡Ay! Tengo frío; no recuerdo haber pasado un invierno tan crudo. Echa una firmita, Ramón.

Ram. (Sin soltar el periódico menea la lumbre, y luego reanuda la lectura.) Pues yo no siento frío.

Ana La edad, hijo mío. A tus años también a nosotras nos parecía que en Enero comenzaba la primavera... Cuatro tres. (Poniendo una ficha.)

Car. No pluralices. Entre tu edad y la mía hay alguna distancia.

Jer. ¡A callar! Paso.

Car. ¡Dominó!

Jer. ¡Al cuerno! Todos los domingos igual; no falla.

Car. Me debéis a treinta y cinco céntimos cada uno. (Remueve las fichas.)

Jer. Me has ganado ya tres partidas y me doy por satisfecho. Yo no juego más. (Va a sentarse junto al brasero.)

Car. Juega en el puesto de tu padre, Ramón.

Ram. (Que sigue leyendo.) No puedo, tía; tengo que salir.

Jer. ¡Treinta y cinco céntimos!... Quince menos que me cuesta ir al café; y allí siquiera tomo café.

Ana ¿Es que en casa no lo tomas? ¡Qué gana de tirar el dinero!

Jer. Sí; pero allí alterno con amigos, leo *El Fígaro*... y de paso que me entero de lo que pasa en Francia, hago ejercicio de lectura y no olvido el francés.

Car. Bastante te importará a ti lo que pasa en Francia. Poco más o menos lo que en España. Crímenes y huelgas.

Jer. Y crónicas de salones y de arte. Para eso no hay como París. ¡Qué *chic* y qué *cachet!*...

Car. ¡Claro! Como tú bulles tanto en sociedad, aprecias la diferencia...

Jer. Eso es una majadería. Si ahora no frecuento la sociedad es... porque no puedo. Ya sabéis que iba a todos los bailes del Casino y a todas las recepciones del Gobierno civil cuando vivíamos en Ciudad Real. Allí te conocí. . Otro gallo me cantara si no hubiera ido...

Ana Tampoco yo hubiera perdido mi suerte, no creas.

Jer. ¡Qué figurita tenía yo entonces! ¡Y cómo vestía! (Se levanta.) Si tú me hubieras conocido, hijo mío... Llamaba la atención. El Gobernador no se podía pasar sin mí Siempre me decía: —Este diablo de Jerónimo es insustituíble; da el tono...—Pero hice la tontería de casarme demasiado pronto, y con una mujer que no tenía una peseta, y me fastidié... me lucí.

Ana Quien te oyera creería que yo no tenía pan que llevarme a la boca. Siempre lo mismo. En mi casa no echaba nada de menos; y si yo no tenía una peseta, como tú dices, a

fe que las que tú tenías no te estropeaban los bolsillos. Cien duros y una hermana soltera... Yo sí que hice mi suerte.

Car. ¡Eh! Poco a poco; entonces yo no era una solterona.

Ana Estabas en camino. Esa era toda vuestra fortuna. No se me olvida que para comprar cuatro trastos y el vestido de novia, de satén por cierto, tuviste que tomar cuatro sueldos adelantados... que tuve luego que pagar yo... vamos, nosotros.

Jer. Bueno, mujer, bueno; no te pongas así; no he querido ofenderte; son reflexiones. Yo me sacrifiqué con gusto. Nadie tiene la culpa de mi falta de suerte ni de las necesidades de casa. Los sacrificios que hemos hecho con nuestro Ramón... Tú y yo hemos cumplido nuestro deber. Pero esto no quita que fuera un disparate...

Ana Tanto mío como tuyo.

Jer. Tanto, tanto. Por eso siempre le estoy a éste predicando para que se mire en ese espejo. O mujer con dinero... o hasta la murrte soltero.

Ram. Ya, ya veo que no te cansas.

Jer. Y hablando de otra cosa: ¿Qué hay del decreto de disolución? ¿Se cierran las Cortes o no se cierran?

Ram. Cualquiera lo sabe.

Jer. ¿Qué dice tu diputado?

Ram. ¿Qué ha de decir? Nada.

Jer. Lo mismo que en las Cortes. A él lo mismo le da el poder que la oposición.

Ram. Gracias a Dios, lo esencial es tener segura el acta.

Car. ¡Qué país!

Jer. Ya hará el jefe que le encasillen.

Ram. ¡Claro! Un diputado que no habla, siempre es útil. No quiero yo decir con esto que no valga. Es gran lector de periódicos; en las comisiones, de los que más trabajan, y como no ha demostrado todavía que no es orador, cabe pensar que lo sea... No hay temor de que se quede sin acta; además de que cuidamos mucho el distrito.

Jer. Me alegro por ti... no hiciese el diablo...

Ram. No hay miedo. ¡Ya verás qué pronto es ministro!

Jua. (Entra por el foro. Es una criadita vestida modestamente.) Señorito: ahí está una señora que quiere hablar con usted. Dice que es cosa del señor diputado.

Ram. Ahora que iba yo a salir...

Jer. Despáchala en un vuelo.

Ram. Y ¿dónde la recibo?

Ana Que pase aquí. Nosotros nos iremos al comedor. Esto está más templado.

Car. Nos vamos a quedar heladas en el comedor. Yo me llevo el brasero. (Mutis izquierda, llevándosele.)

Ram. (Ayuda a guardar las fichas.) Ni el domingo me dejan en paz.

Jua. ¿La digo que pase?

Ram. Espera.

Jer. ¿Es joven?

Jua. Cualquiera lo sabe, con lo oscuro que está el recibimiento.

Ana ¿Por qué no has dado luz?

Jua. Hace ya cuatro días que se fundió la bombilla.

Ram. (Viendo que todo está en orden.) Que pase esa señora.

(Ana y Jerónimo se van lateral. Juana, foro. Un instante después aparece CRISTINA por el foro con Juanita.)

Jua. Aquí está el señorito. (Mutis.)

Cris. Soy yo.

Ram. (Sorprendido y alarmado.) ¿Ocurre algo? ¿Qué pasa? ¿Don José...?

Cris. Nada pasa, y nada tiene Pepe que ver con esta visita. Se trata de algo exclusivamente nuestro. He podido hablarle de esto en casa... pero hubiera sido dar largas al asunto, y como para resolverlo, y a resolverlo estoy decidida, puede ser conveniente o preciso que yo hable con sus padres de usted, tal como lo pensé lo hice, y aquí me tiene usted.

Ram. No me explico... ni acierto lo que sea...

Cris. Está usted tan al cabo de la calle como ella y como yo. Hace muchos días que yo lo sé por una casualidad; me enteré de golpe, sin

que me quedara la menor duda. Esperé que uno de los dos tuviera la nobleza de decírmelo. Ni el uno ni la otra lo hacían; y en vista de vuestro disimulo o de vuestro miedo, que miedo debe ser el que os ha cerrado la boca... yo se lo dije a ella, y hoy vengo a decírselo a usted.

Ram. Cristina...

Cris. Ella se resistió un poco; pero, al fin, ha confesado... A usted le toca ahora.

Ram. Me pide usted que hable con lealtad. ¿Cómo hacerlo sin que haya ofensa para usted?

Cris. Mira, niño... Ya ves cómo todo llega. Ahora soy yo quien te tutea sin que lo pidas. ¿Es que ha pasado por tu cabeza la idea de divertirte conmigo? Eres poco para eso. ¿Que juego es éste? ¿Buscas darme en cara con mi hermana? Vale ella mucho para hacer ese papel... ¿La has engañado a ella o quieres engañarme a mí? Vamos... habla, sin miedo...

Ram. Cristina...

Cris. ¿Quieres que yo te ayude? Te ayudaré. Has tenido miedo de que yo lo supiera por temor a mi oposición... porque en el fondo de tu conciencia había algo que te acusaba... porque, sin duda, has creído que yo iba a sacrificar a mi hermana por el gusto de adorarte...

Ram. No; no por eso...

Cris. Entonces es porque, sin duda, tus intenciones para ella iban por el mismo camino que las que has tenido para mí. Esto sí que es peor...

Ram. ¡Yo quiero casarme con ella!

Cris. Vamos por partes. ¡Quiero casarme con ella! Eso he de decirlo yo. Pero antes hay que explicar claramente este cambio; a mí no es fácil engañarme. ¿Cómo explicas este repentino amor por ella el mismo día y pocas horas después de quererme a mí tan atrozmente? Si esto me lo hubieran contado, podrías negar... Pero como pasó conmigo, no puedes hacerme ver lo blanco negro. ¿A quién de las dos mentías? ¿A quién de las dos querías? Si eres capaz de querer...

Ram. ¡Qué cosas dice usted!

Cris. ¡Qué cosas digo! ¡Ay, si no se tratara de mi hermana!... Verías tú las que sería capaz de hacer. Pero hablemos de ella y de ti. Yo en esto no cuento; yo era un pasatiempo, una estación de parada, ¿verdad? Un amorío... un periódico, que se toma, se lee... y se vuelve a dejar, sin preocuparse de pensar qué ojos lo leyeron antes ni a qué bolsillo irá a parar después.

Ram. Siempre empeñada en no ver más que prosa...

Cris. ¿A qué llamas tú poesía, angelito? ¿Fuiste capaz de abrigar ni de sentir hacia mí mejor sentimiento? ¿Fuíste capaz de quererme como yo hubiera querido que me quisieras? Sí, lo hubiera querido; ya no me importa decirlo. Y mi resistencia, mi recelo, mis negativas... eran eso... cariño y pena porque no eras el primero. ¡Ay, si lo hubieras oído! ¡Si de un golpe hubiera yo podido borrar diez años de vida!

Ram. ¡Perdón, Cristina, perdón!...

Cris. Por ti, nunca. Me has hecho mucho daño. Por ella, sí... que no pague la culpa que no tiene. Pero es preciso, necesario, que sepa yo hasta qué punto es verdadero ese cariño.

Ram. El que yo sentí por usted, no se parece en nada a éste que siento por ella. Yo no sé encontrar las palabras que quisiera decir, para convencerla a usted sin herirla.

Cris. Ya no me puedes hacer más daño del que me has hecho; palabras más o menos, ni me han de escocer ni me han de aliviar. No pienses en mí. Habla de ella, pero no mientas.

Ram. La quiero. No puedo decir más.

Cris. Sí; pero lo dices tú. ¿Cómo puedo yo fiarme de tus palabras? ¿Cómo puedo yo creer en ellas? Tengo el derecho de dudar de todo lo que digas.

Ram. Ve usted que quiero casarme con ella... ¿Qué más pruebas? Pudiera usted dudar de la sinceridad de mi cariño si hubiera alguna razón para mentirle. Usted sabe que mi familia ha de oponerse, naturalmente, y sin

embargo, ese obstáculo, por grande que sea, no me detiene. No pensará usted que me empuja el interés tampoco. Gracias a Dios, no tiene una peseta.

Cris. Eso dejémoslo ahora. ¡No tiene una peseta! ¿Crees tú que yo he de dártela desnuda?

Ram. Pero yo... no...

Cris. Eso es de mi distrito. ¿Ahora vamos a hacernos delicados de estómago? No tengas miedo, que el dinero que yo pueda darle no lleva la peste... no envenena. Es lo mismo que el que te dan a ti; la razón no será esa; el dinero el mismo.

Ram. Pero...

Cris. ¿No tan limpio vas a decir?... Déjate de tonterías; por esto o por aquello, por lo que sea, el dinero es siempre sucio; más o menos lejano es siempre impuro su origen... habrá sido la abuela o el tatarabuelo, en vez del padre o de la hermana; de veinte años atrás o de cuatro siglos... producto de despojo o de juego; de amor vendido o de pillaje; de robo o de negocio... que viene a ser lo mismo... En su principio... un asco... créelo. Y sin embargo cuando se da a toda luz, con buena intención, es limpio y es santo... La moneda robada por sucesivas posesiones llega a ser la limosna bendita, y el oro y los billetes que rodaron por los bolsillos de la ramera y los tapetes del garito, se purifican al convertirse en el precio del trabajo, en pan y abrigo... Pero ya hablaremos de esto a su tiempo; ahora tratemos lo que nos interesa.

Ram. ¡Qué buena y qué noble es usted!

Cris. ¡Ay; y qué trabajo tan enorme me cuesta serlo!... (Perdiendo las energías, casi llorando ya.) ¡Y es que a cualquiera le pongo yo en mi lugar!... Lo que me pasa a mí no le pasa a nadie... Los dos únicos seres a quienes no puedo hacer mal ninguno, son los que se ponen de acuerdo para darme este golpe... ¿No podía ella haberse enamorado de otro cualquiera? ¿No podías tú haber tirado hacia otra parte?... No, era preciso que fuera así, para atarme las manos... para que no pueda

tener ni el consuelo de volver mal por mal y pena por pena... (Pausa para tranquilizarse.) Ella no hace más que llorar... quiere volver al pueblo... el otro con los ojos bajos y ese aire de santo compungido, que parece un mártir... y yo... Bueno, a mí que me parta un rayo, ¿qué os importa a vosotros? (Vuelve a llorar.)

Ram. Eso no; si yo hubiera creído que mis palabras habían encontrado eco en su corazón, puede usted estar cierta que ni ella hubiera sospechado mi cariño, ni usted hubiera podido juzgarme ingrato...

Cris. ¿Pero cómo yo he podido estar tan ciega? ¿Cómo no he visto esto hace ya tiempo?

Ram. Mal podía usted verlo cuando yo no me dí cuenta hasta el momento mismo en que usted lo supo. Fué un impulso invencible que ni supe ni pude contener... Perdóneme usted. Yo me marcharé, no ella. Puesto que el culpable soy yo justo es que ponga yo el remedio.

Cris. Eso; y ella que de nada tiene culpa, ella sin otra defensa que sus lágrimas, ni más amparo que su hermana, que sea la víctima, ¿verdad? y que reviente en un rincón de pena y de coraje... No, eso no. No faltaba más... Yo, no cuento... soy algo mejor que todo esto... Se acabó; de mí y de ti ni una palabra más...

Ram. Pero...

Cris. Ni una palabra más. Ahora vamos a lo que vamos. ¿Y tus padres? ¿Qué dicen tus padres? Porque no me figuro que lo que yo no quiero hacer vengan ellos a intentarlo...

Ram. Soy libre y mayor de edad, no dependo de nadie puesto que yo gano mi vida... ¿qué pueden ellos hacer?

Cris. Pero tampoco les puedes abandonar, y sesenta duros al mes dan muy poco de sí... En fin, sacaremos el fondo... arañaremos los cajones... todo se reduce a que el día de mañana me déis un rincón en vuestra casa y un pedazo de pan en vuestra mesa... (Con la voz empañada.)

Ram. ¡Cristina!...

Cris. Nada, nada... Esto es hecho: habla con tus padres en seguida. En esto no transijo, nada de escondidas ni tapadillos... Todo a la luz del sol... Tú tienes demasiado fuego... ella... no me fío.

Ram. Le consta a usted que no soy muy peligroso...

Cris. O que yo fuí muy reflexiva... Más vale que así haya sido... Pobre niña si no... Yo seré... lo que sea, pero por eso no hubiera pasado.. las dos... ¡qué asco! Eso nunca lo hubiera consentido... Bien está lo hecho Conque habla con tus padres en seguida... Ya me figuro lo que van a decir, pero no importa, yo inventaré algo para ayudarte..

Ram. Haré lo que usted mande.

Cris. Cuanto antes. Ahora mismo... (Con triste sonrisa.) y tutéame puesto que vamos a ser hermanos... Ya ves si acerté cuando te prometí que eso llegaría... ya llegó...

Ram. Perdóneme usted...

Cris. Acaso sería mejor que yo les hablase... ¿Qué te parece?

Ram. No, no; yo pararé mejor el primer golpe.

Cris. Como quieras, pero hoy mismo... (Después de una dolorosa pausa, con vergüenza.) Promételes también, puesto que yo he de ser el obstáculo, que una vez casada no veré a mi hermana... que haré todo lo posible para que no se avergüence de mí... (Se limpia los ojos.) Conque hazme caso, si tienes miedo cierra los ojos y a ello...

Ram. Eres un ángel...

Cris. Te esperamos... vé en seguida. (En el foro.)

Ram. Iré.

Cris. Y que Dios te perdone como yo el mal que me has hecho.

Ram. Sin querer, te lo juro.

Cris. Sin querer, yo... porque te quise; queriendo tú, por no haberme querido... más vale así... Adiós.

(Mutis a juicio de la actriz. Ramón sale acompañándola y vuelve al cabo de un momento que queda la escena sola. Al entrar se queda un instante indeciso y luego se acerca a la lateral y llama.)

Ram. Papá.

Jer. (Saliendo.) ¿Se ha marchado?

Ram. Ya lo ves.

Jer. ¿Quién era y qué quería? Digo, si no es secreto...

Ram. No; es... vamos, secreto no, es... una cosa...

Jer. Nada, nada, dispénsame. ¿No ibas a salir?

Ram. Luego... no tengo gran prisa. (Jerónimo recoge el periódico.) No, no leas ahora, deja el periódico, papá...

Jer. ¿Pues?...

Ram. Tengo que decirte una cosa... muy importante, para mí al menos.

Jer. Me alarmas. ¿Buena o mala?

Ram. Según como se tome... Papá... me caso.

Jer. ¡Zambomba! ¿Qué dices? (Levantándose.)

Ram. Te participo que me voy a casar.

Jer. (Se acerca a Ramón, le coge la cabeza, le mira a los ojos y luego llama a la lateral.) ¡Carolina!... ¡Ana!... Venid corriendo.

Ram. ¿Vas a pedir socorro?

Jer. ¡A ver! Como que te has vuelto loco.

Ana (Entrando con Carolina, izquierda.) ¿Qué te pasa?

Car. ¿Qué te ocurre?

Jer. Venid, venid para que oigais lo que me ha dicho Ramón. ¿A ver si te atreves a decírselo a ellas?

Ram. Naturalmente. He dicho y repito que me voy a casar.

Car. ¿Tú?...

Ana ¿Te has vuelto loco?...

Jer. ¡Lo mismo le he dicho yo! (Sentencioso.)

Car. Pero, ¿cómo es eso?... tan de sopetón; sin decirnos nada.

Ram. Pues ya lo estoy diciendo... Os anuncio que tengo una novia muy buena y muy guapa; que nos queremos mucho, que hemos decidido casarnos y que mediante Dios nos casaremos... Ya está dicho todo.

Ana ¿Y nos la sueltas así, de golpe, con esa naturalidad?... Como si se tratara de avisarnos que ibas de caza.

Ram. No creo que la noticia merezca más preparación, ni un tono melodramático para comunicárosla.

Ana Pero sin consultarnos...

Jer. Sin que por lo menos supiéramos que tenías novia...

Car. Sin contar con nuestra aprobación... Positivamente a ti te te han trastornado el juicio.

Ram. (Muy nervioso.) No sé por qué he de estar loco; gano lo suficiente para mantener una mujer...

Jer. ¿Que ganas para eso?

Ram. Doble que tú cuando te casaste.

Jer. Aquellos eran otros tiempos...

Ana Y otras mujeres... No había el afán de lujo que ahora...

Jer. Y la vida no era tan cara... todo costaba la mitad... todas las señoras usaban mantilla, se iba al teatro dos veces en el año y al café los domingos... No se había inventado el cine... treinta duros al mes, era una posición.

Car. Y un vestido duraba con reformas siete años... Pero ante todo... ¿Quién es ella? ¿La conocemos?

Ana Será pobre...

Jer. ¿Dónde la has conocido?

Car. ¿Es joven? ¿Cómo se llama?

Ram. Se llama Pura, tiene veinte años y la conozco hace ya tiempo.

Jer. Pura... ¿qué más?

Ram. Pura Cisneros.

Jer. Cisneros... Cisneros... me suena..

Ram. Es hermana de doña Cristina Cisneros.

Jer. ¿De qué doña Cristina?

Ana ¿De la del...?

Car. ¿De la amante de...? ¡Oh! ¿No dije yo? ¡Loco de remate!

Ram. Por partes. Ni estoy loco ni hay que tomar así las cosas... Yo me caso con la hermana, no con doña Cristina... con ella sería otra cosa...

Jer. ¿No pretenderás que nosotros demos nuestro consentimiento? Eso... de ninguna manera.

Ana Frescura se necesita... conociéndonos.

Car. Ni en broma; cuando se pertenece a una familia como la tuya no se suponen ésas cosas ni en broma.

Ram. Hablo en serio.

Jer. Pues oye bien. ¡Nunca! ¿Sabes? ¡Nunca! Pobres, pero dignos, que decía Castelar.

Car. Nunca será esa... señorita mi sobrina.

Jer. ¡La hermana de doña Cristina! ¡Yo consuegro de la madre de doña Cristina!... Porque supongo que tendrá una madre, es lo menos que se puede tener.

Ram. Claro que la tiene. Una buenísima señora que vive en su pueblo al cuidado de sus tierras y de su hacienda.

Ana ¿No tiene padre?

Ram. Murió.

Car. Claro, de vergüenza el pobre... si es que le han conocido, o la han tenido... vamos; yo me entiendo...

Ram. Murió cuando ellas eran muy chiquitinas.

Jer. Menos mal para el pobre... Pues ya que se libró de semejante vergüenza no voy yo a cargar con ella... ¡La Cristina!... ¡Pues no faltaba más!

Ram. Tú no tienes que cargar con nada, ni hay nada de que puedas avergonzarte. Repito que yo me caso con Pura, no con su hermana... ¿Cómo voy a decirlo?

Jer. (Solemne.) Bueno: escúchame bien. Tu padre para contestar a esto, no tiene más que una palabra, y esta es, ¡jamás!

Car. Y tu tía, que es la hermana de tu padre, y que por ti se ve mezclada en estos cenagales que la encienden de vergüenza y la obligan a escuchar cosas que una señorita no debe saber, te dice... ¡jamás!

Jua. (Desde el foro, a Jerónimo, dándole una tarjeta.) Ahí está otra vez la señora de antes. (Ramón da un brinco.) Pero ahora quiere hablar con usted.

Jer. ¿Conmigo? ¿Qué señora? (Lee la tarjeta y mira a Ramón.) ¡Ya! ¿Estaba convenido, eh?... Diga usted que no estamos en casa... (Devolviendo la tarjeta.)

Jua. El caso es, que como antes la recibió el señorito, yo he dicho que sí.

Car. (Coge la tarjeta.) ¡Ah!

Ana (Coge la tarjeta que le alarga Carolina.) ¡Pero quién es? ¡Ella!

Jer. La sirena. El vicio con guante blanco.

Ram. No digas tonterías.

Ana Nosotros no podemos recibir a esa mujer.

Jua. Bueno, ¿qué digo?

Ram. Oye, papá.

Jer. Que no podemos recibirla.

Car. Yo la recibiría para darla una lección... Conozcamos a la bella cuñada de mi sobrino. A ver qué tiene de extraordinario.

Ana Será mejor hablarle claro de una vez.

Jer. Como queráis, pero conste que no respondo de mí.

Ram. Aguarda un momento, Juanita. Ya habéis visto que os he dejado decir sin meterme en nada, porque estaba cierto de que acabaríais por recibirla... os aseguro que ignoro lo que ahora quiere y por qué desea verte a ti... pero sea como quiera no olvides al recibirla que estás en tu casa y que es una señora..

Car. Una cualquiera...

Ram. Tan mujer como tú... si no más... En ese concepto merece consideración... la misma por lo menos que yo te tengo.

Ana ¡Pero, hijo!...

Jer. Basta; como has dicho bien, estoy en mi casa y no necesito ni advertencias ni lecciones.

Ram. En tu casa, sí... Pero no te olvides que también es la mía. Yo me marcho.

Car. Harás bien.

Ram. Haré lo que tenga por conveniente. (Vase furioso por la izquierda, dando un portazo.)

Jer. ¡En su casa, por cuatro cuartos que da!... Que pase esa señora. Me va a oir.

Car. Y a mí.

Ana ¡Dios mío, a lo que nos obliga esa criatura!

Car. ¡Poca lacha!

Jer. ¡Poca... aprensión!

Cris. (En la puerta.) Con el permiso de ustedes.

Jer. Adelante.

Cris. Perdonen ante todo por molestar su atención y el de estas señoras, que supongo seran..

Jer. (Obligado a presentarlas.) Mi mujer... mi hermana... La señora de...

Cris. Cisneros.

Jer. Eso es, tome usted asiento.

Cris. Muchas gracias. No molestaré a ustedes por mucho tiempo; seguramente ustedes se figurarán el objeto de mi visita. Su hijo ya les habrá dicho...

Jer. En efecto.

Ana Nos lo ha dicho.

Car. Estamos al cabo de la calle.

Cris. Me alegro infinito; así despacharemos antes. Me he permitido venir sin tener el gusto de conocer a ustedes, porque ciertos asuntos se tratan mejor de palabra que por carta, y al extremo que han llegado las cosas se impone una solución rápida. Por eso he venido. Si hice mal, discúlpenme ustedes.

Jer. Yo... contesta tú, Ana. Como madre y dueña de la casa, tú debes hablar.

Ana No, no. Tú, como padre y jefe de la familia... a ti te toca.

Jer. Pues yo que no soy ni lo uno ni lo otro...

Cris. Perdone usted; para evitar equívocos, óiganme ustedes primero; estoy segura de que me darán la razón y de que hasta me quedarán agradecidos.

Car. ¿Qué?...

Cris. Bueno, y si no me lo agradecen yo habre cumplido con mi debe.r Se trata de una hermana.

Jer. Ya lo sabemos, señora; el muchacho nos lo acaba de decir...

Car. Mi hermano dice bien; el muchacho, porque no es más que eso, un muchacho ..

Cris. Por lo mismo que es un muchacho he querido yo hablar con ustedes, que ya han dejado de serlo hace tiempo... (Carolina hace un mohín de desagrado.) Antes estuve aquí hablando con él y me he convencido de que yo sola nada puedo, y viéndole decidido a hablar con ustedes me resolví a buscar en ustedes el apoyo que me falta. El es un alocado, mi hermana es muy joven, y puede perder la cabeza, pero aquí estoy yo que tengo muy firme la mía. (Habla con gran resolución, pero siempre «en comedia».) Bueno; para que ustedes no supongan ni por un momento que yo favorezco esos amoríos, sepan que estoy resuelta a todo, antes que consentir esa boda.

Car. ¿Qué dice usted?

Cris. Lo que acaba usted de oir.

Jer. ¿Luego estamos de acuerdo?

Ana Indudablemente.

Car. Nosotros creíamos...

Cris. He venido a prevenirles a ustedes; a rogarles que procuren por todos los medios impedir que el muchacho intente alguna locura... Ella corre de mi cuenta. No me sacrifico yo para haberla reunido veinte mil duros de dote... y que se los lleve el primero que pase por la calle.

Jer. (Después de un movimiento de estupor en todos.) ¿Cien mil pesetas?

Cris. Cien mil pesetas, y en metálico, y en el acto. Nada de herencias ni de inmuebles... Yo comprendo que su hijo de ustedes es un muchacho que vale mucho...

Jer. Y que puede usted decirlo muy alto.

Ana Siempre sobresaliente en los exámenes.

Jer. Y se doctoró con premio.

Cris. Todo eso es muy digno de alabarse, no lo niego... Pero con eso no se come, o se come muy mal. Las palabras son palabras y el dinero es el dinero, señores míos. Yo sé lo que vale Ramón, le estimo como merece, pero desgraciadamente, la vida es muy difícil, y los matrimonios por amor no enriquecen a los joyeros.

Car. Caramba, tampoco se trata de una fortuna deslumbrante la de su hermana para tanto desprecio...

Jer. Tú te callas, Carolina. El jefe de la familia soy yo y a mí me toca... ¿Decía usted?

Car. Ya no tengo más que decir. Lo he dicho todo. De mi hermana respondo yo; ustedes por su parte, procuren hacer lo propio con el muchacho. A ella no han de faltarle ocasiones de casarse. Es una chica muy mona y muy buena aunque no deba yo decirlo; lleva una dote, que si no es una fortuna no es una cosa despreciable; está muy lejos de mi ánimo, como les dije, menospreciar a su hijo. Dios me libre... pero no es partido para ella. (Se pone de pie y del manguito deja escapar un sobre regular con retratos.)

Jer. (Cogiéndolos.) Señora, estos retratos...

Cris. De ella precisamente. Quiero que me hagan unas ampliaciones... miren ustedes, así al menos, y aunque sólo sea en fotografía la

conocerán. (Los enseña; Ana y Carolina por encima del hombro de Jerónimo los miran. Ana y Jerónimo se cambian los retratos. En sus caras muestran agrado, Carolina hace gestos como si quisiera decir:)

Car. (¡Pchs, no vale nada!)

Jer. Guapa lo es, ya lo creo... muy guapa... Tengo idea de que se parece a alguien que yo conozco. (Devuelve las cartulinas.) Sí, señora; es bonita.

Cris. Y eso que en el retrato no se puede apreciar la gracia de la cara, el aire de inocencia. Es buena como el pan... criada allá en el pueblo, sencilla y obediente... Ya sabía Ramón lo que se hacía, ya... Fortuna que estamos aquí nosotros, ¿verdad?

Jer. (Sin convicción.) Sí, sí; claro...

Cris. Ella no va a estar en Madrid más que unos días... hay que evitar que se vean... Yo demasiado sé que con decírselo al señor Barcoreal esto estaba evitado... pero pudiera tener malas consecuencias para su hijo de ustedes y no quiero.. ya que el señor Barcoreal no ha advertido nada preocupado siempre por la política, con sus altos deberes. Así es que no hay temor, siempre y cuando que su hijo de ustedes sea juicioso... Por mi parte nada les digo a ustedes, que de sobra sabrán lo que han de hacer... y con su permiso me retiro, y mil gracias.

Ana No hay de qué.

Jer. Ha sido una honra... (Rectificando al sentir que Ana tose ó le tira de la americana.) Una hora oportuna... A los pies de usted... Juanita. (Llamando. Sale Cristina foro acompañada de Jerónimo.)

Ana Gracias a Dios, todo ha ido como yo no creía.

Car. Sí, pero habéis estado demasiado amables; (Jerónimo ha entrado ya.) especialmente este.

Jer. Comprende que en la forma que se presentó no había manera...

Car. Lo esencial es que todo ha quedado en su sitio... Tal vez hubiera sido preferible que ella hubiera rogado, y nosotros nos hubiéramos dado el gusto de negar... pero en fin... Habréis visto que yo se la solté... ni que fuera una fortuna deslumbrante...

Ana Sí, pero eso no venía a cuento.

Jer. Hay que reconocer que si la hermana es guapa... ésta, la mayor, es una real moza. (Se recrea en el recuerdo.) Lo que se dice una real moza. ¡Vaya!

Car. Claro, estas mujeres no pueden ser feas; por más que van muy retocadas...

Jer. No, no; esta es... naturalmente guapa, pero muy guapa. ¡Caracoles!

Ana ¡Eh, eh... Jerónimo!

Jer. No digo nada malo; hablo en sentido puramente estético.

Ana A mí, francamente, no me parece una belleza extraordinaria... Sí tiene cierta distinción para una mujer de esa índole...

Car. Lleva un lujo muy descarado.

Jer. Nada de descarado.

Ana En conjunto es verdad que no parece lo que es... (Pausa corta en que cada uno reflexiona.) Y la muchacha realmente tiene un aire de inocencia...

Car. En el retrato. Fíate de los retratos ni de los aires de inocencia... luego se convierten en huracanes deshechos... Ya puedes figurarte en lo que parará con semejante escuela. En otra cocota.

Jer. ¡Cocota! Qué palabrita para una señorita como tú dices. ¡Mujer galante!... es más correcto.

Car. ¿No es querida de un hombre con quien vive? ¿No la mantiene él? Pues entonces... No hay que darle vueltas. Es una cocota con todas las de la ley.

Jer. Eso no es una razón. Que la mantenga y que viva con él no prueba nada... También te mantengo yo a ti y vives conmigo... y sin embargo nadie se atreve a hacer ninguna suposición.

Car. No faltaba más. Yo soy tu hermana.

Jer. Y ella puede ser una amiga, una protegida de ese señor. Oficialmente a nadie le consta que él la mantenga.

Car. Y aunque así fuera ¿te parece poco? ¿No es bastante que sea lo que es?

Jer. Conforme... pero... en fin...

Car. En fin, que tú si no fuera porque ella se opone casi te inclinabas a ceder. ¿No es eso?

Jer. Yo...no tengo más que una palabra, para que lo sepas... Pregunta, pregunta en el Ministerio. te dirán que cuando yo digo una cosa no hay más que hablar.

Car. Pues no hablemos más. Estamos de acuerdo.

Jer. (Sin convicción.) Eso... claro.

Ana (Lo mismo.) Claro... no hay más remedio.

Car. ¡No y no! (Con energia.)

Jer. Mas, cuando se pudiera decir que nos movía el interés... Yo no varío de opinión por dinero. ¡Ah! eso que sí no.

Ana (Hablando sola.) ¡La suerte... lo que es la suerte! (Los dos la miran.) Esa mujer, es guapa, no lo niego. Pero las hay tan guapas como ella que no tienen ni qué ponerse. Y ella con una casa soberbia... alhajas... con automóvil a la puerta como una duquesa... vestida por la mejor modista de Madrid... y un hombre que no es viejo ni feo con una gran posición y que si viene a mano se casará con ella... como ella se empeñe mucho. Ya vereis como se casarán, si no, al tiempo.

Jer. ¿Tú crees?

Ana Como ella quiera.

Jer. Tienes tú razón, Ana, se está dando ese caso todos los días. Sobre todo si llega a ministro. Y ese es de los que llegan, pues ya veis, no es cosa de que la deje queriéndola como la quiere, ni que siga en esta situación, tienen que regularizarse. ¡Se casan, ya lo creo!

Car. ¿Y aunque se case qué?

Jer. ¡Nada!

Car. Por eso no dejará ella de ser... lo que ha sido.

Jer. Sí, pero ya sabes lo que es el mundo. Otras como ella... Bien dice el refrán. Un año casada, mujer honrada.

Cris. (Entra por el foro apresuradamente y como si le faltara aliento.) Perdónenme ustedes que entre sin anunciarme siquiera, pero he vuelto porque está a punto de... está a punto de ocurrir una cosa sumamente grave. Se escapan, quieren escaparse!

Jer. / **Ana** } ¿Cómo?

Cris. ¡Ellos! ¡Ramón y mi hermana! Se escapan

para hacernos la forzosa. Se han visto, se han puesto de acuerdo mientras yo estaba aquí hablando con ustedes. Cuando he vuelto a casa ella estaba preparando su maleta. Por un instante he llegado a tiempo de evitar el escándalo. Pero tengo miedo de que avisados ya consigan burlarse.

Car. Deje usted que hagan lo que quieran, peor para ellos.

Cris. ¡Cá, eso no! Si se escapan seré yo la primera que les obligue a casarse. ¿Qué se han creído ustedes?

Car. ¿Sin nuestro consentimiento?

Cris. Se pasarán sin él tan ricamente. El es mayor de edad y se ríe del consentimiento de ustedes. Pero no es eso; es que si se escapan... que no cuenten conmigo para nada. ¡No faltaba más! Ante una boda en toda regla, bueno. Pero después de una escapatoria, de un escándalo... Ni un céntimo, se casarían sin un céntimo, quiera él o no quiera, que mi hermana es menor de edad.

Jer. (Apuradísimo.) Pero esto es terrible. ¿Qué dices, Ana?

Ana ¿Qué voy a decir? El jefe de la casa eres tú. Tú verás.

Cris. Ni mi hermana ni Ramón me conocen todavía. Por las buenas soy como la mejor, pero por las malas...

Jer. Tranquilícese usted, señora. Tiene usted razón que le sobra, pero sosiéguese usted; no se ponga usted así. Yo... nosotros... Hablo también en tu nombre, Ana. No encontramos la boda de nuestro agrado ni mucho menos. Pero en este trance, ¿qué vamos a hacer? Esos muchachos se ve que han perdido la cabeza. No podíamos más que encerrarlos, y serían capaces de hacer una atrocidad mayor.

Cris. ¡Ay, no me lo diga usted! ¡Qué horror, eso nunca!

Car. (Viendo flaquear a los padres.) ¡Jerónimo! ¡Jerónimo!

Jer. ¡Carolina! ¡Carolina! No me interrumpas. Yo leo (A Cristina.) en los periódicos todos los días cosas así... crímenes pasionales. El su-

blimado, el revólver. ¡Ay, Dios mío, que esas criaturas van a hacer una barbaridad!

Cris. ¿Y qué hacemos, qué hacemos?

Jer. Yo, señora... Aquí no nos queda más solución que sacrificarnos, usted por su parte y nosotros por la nuestra. ¿No te parece, Ana? ¡Qué remedio nos queda! ¡Que se casen!

Car. ¡Con mi consentimiento, nunca!

Jer. ¡No interrumpas, Carolina!

Car. Habeis perdido el pudor y la razón, me voy asqueada, asqueada. (Mutis izquierda.)

Cris. ¿Qué dice esa señora?

Jer. Nada, que es soltera... ¡Qué horror, qué locura de muchachos, que disparate... el suicidio .. el depósito. ¡Qué horror! Yo... vamos nosotros no cargamos con esa tremenda responsabilidad.

Cris. ¿Pero ustedes creen que serán capaces?... ¿Qué vamos entonces a hacer nosotros? No, no quiero que se diga que soy una mala hermana... que hagan su gusto, que se casen.

Jer. En cuanto a eso del dote... nada, señora; no tiene usted que preocuparse de eso. ¿Ha dicho usted que cien mil pesetas? Pues cien mil pesetas.

Ram. (Entra foro y al ver a Cristina se queda parado.)

Jer. Pasa, pasa; mira quién está aquí.

Cris. (A Ramón haciéndole señas de inteligencia.) Ramón, su conducta no ha sido leal, todo lo sé; me lo ha contado el chofer... su plan de fuga... el proyecto de la escapatoria... el juramento de morir antes que separarse... (A Jerónimo.) Porque se me pasó decir a ustedes que habían hecho ese juramento. Apenas salí de esta casa donde vine a pedir a sus padres de usted apoyo, sin darme cuenta, por un extraño impulso volví a la mía, el corazón me anunciaba algo. Felizmente llegué a tiempo. No pretenda usted negar, lo sé. Están ustedes descubiertos. Eso no es propio de un hombre leal, Ramón.

Ram. Señora. (Asombradísimo, pero comprendiendo la intención de Cristina.) Yo... ¿dice usted?

Cris. Basta: más noble que usted yo me rindo a la fatalidad, sus padres de usted, al fin pa-

dres, tampoco quieren arrostrar las consecuencias de su locura; ya estamos de acuerdo.

Jer. Claro; ¿qué vamos a hacer? Tú tampoco te habías explicado bien. Yo no me figuré que se tratara de una cosa tan formal. El primer momento, cogido así, de sopetón, dijimos que no. Pero... ¿qué le vamos a hacer? Dale un abrazo a tu madre y un abrazo a nosotros. (Ramón maquinalmente hace lo que le dicen.)

Ram. Entonces...

Jer. Entonces, ya estarás contento; has conseguido lo que ambicionabas. En cuanto a esta señora no sabes tú hasta qué punto debes estarle agradecido. No sólo consiente que te cases con su hermanita, que ya es para agradecerlo porque la criatura es una monería, sino que además la dota en cien mil pesetas.

Ram. Señora...

Jer. Abrázala, hombre.

Ram. Con toda mi alma. (Abrazándola.) Gracias. (Aparte.) Perdóname.

Cris. (Lo mismo.) Así me vengo de ella. Así te pago el mal que me has hecho.

Ram. Vales más que todos nosotros.

Cris. (Alto.) La cuestión de intereses la arreglaré con Ramón en seguida.

Ram. Le suplico a usted que no hablemos de eso.

Cris. Al contrario, el domingo almorzaremos todos juntos y tendré en gusto de poner a usted en posesión del efectivo.

Jer. ¡Por Dios, señora!

Ana Dejemos eso por ahora.

Cris. Ustedes perdonen. Ahora entra en funciones el secretario. (A Ramón.) Don José le entregará a usted a mi orden treinta mil pesetas, que unirá usted a los títulos cuyos cupones ya ha cobrado usted una vez y que importan cincuenta mil, totol, ochenta mil. Las veinte mil restantes las retiraré yo de casa de Fernández y Compañía.

Ram. ¿Tenía usted allí un depósito?

Cris. Una letra a la vista. Doy como usted sabe todo lo que puedo... más aún.

Ram. Pero yo no debo consentir...

Cris. Tú... (Dándose cuenta.) Ya puedo tutearle puesto que vamos a ser hermanos, tú harás lo que yo disponga.

Jer. Este hijo mío, siempre tan delicado.

Cris. Nadie como él sabe que no me duele el dinero en este caso. En fin, bien está todo; ellos serán felices y no hay mal que por bien no venga. Quien sale ganando con todo esto es Fernández.

Ram. ¿Fernández?

Cris. Si me ganó una apuesta que tú perdiste.

Ram. ¿Yo? ¿Una apuesta?

Cris. (Saludando a todos y preparándose a salir.) Es largo de contar, y para tí ya no tiene interés.

(Desde el foro, se inclina y hace mutis. Se procurará que en el momento de desaparecer Cristina y cuando todos los personajes están de espaldas saludándola, caiga el

TELON

Obras de Antonio Fernández Lepina

Estrella, juguete cómico en un acto. (Teatro Lara.)

La mujer de Cartón, humorada en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Barrera y Quislant. (Teatro de la Zarzuela.)

Hilvanes, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)

La fea del ole, sainete en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Lleó. (Teatro Cómico.)

Don Gregorio el Emplazado, inocentada, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)

Chiquita y bonita, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Losada (Coliseo del Noviciado.)

Los cuatro trapos, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Foglietti y Escobar. (Gran Teatro.)

Suspiros de fraile, opereta bufa, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Carbonell. (Teatro Martín.)

El mantón de la China, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Torregrosa. (Teatro Cómico.)

La corte de los milagros, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro Martín.)

Los envidiosos, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro de la Zarzuela.)

La señora Barba-Azul, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Escobar. (Teatro Martín.) (Segunda edición.)

El hongo de Pérez, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra francesa, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Salón Nacional.) (Cuarta edición.)

La loca fortuna, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)

Pathé, Freres, apropósito para varietés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Padilla. (Príncipe Alfonso.)

El jipijapa, juguete cómico en un prólogo y tres actos, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa, en colaboración con Antonio Plañiol (Teatro Martín.)

La perra gorda, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra extranjera, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Teatro Cómico.)

La vocación de Pepito, juguete cómico en tres actos, adaptación de «Jean III ó L'irresistible vocation du fils du Monducet», de Sacha Guitry, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Cervantes.)

El nuevo testamento, juguete cómico, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Apolo.)

El caballo de Espartero, juguete cómico en dos actos, divididos en cinco cuadros y varias películas, adaptación de un vodevil francés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Infanta Isabel)

El servicio dóméstico, juguete cómico en dos actos, escrito sobre episodios de «Le truc d'Arthur», de Chivot y Duru, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Lara.)

Las sagradas bayaderas, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Vela (Teatro Martín.)

Los chicos de la Calle, juguete cómico en tres actos, en colaboración con Enrique García Alvarez y Antonio Plañiol. (Teatro Español.)

La madrastra, drama en tres actos, adaptación de «O Giovannino ó la morte», de Matilde Serao y Ernesto Murólo, en colaboración con Enrique Tedeschi. (Ejemplares manuscritos, 15 pesetas.)

Percal y seda, entremés.

El señor Duque, juguete cómico en tres actos. (Teatro Eslava.)

Una buena muchacha, comedia en tres actos, adaptación de «La buona figliola», de Sabatino Lopez, en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Eslava.)

La última opereta, zarzuela, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro G. Giménez. (Teatro de Apolo)

Queda prohibida en absoluto la venta de esta obra. La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las Compañías que la representen en España, las cuales responderán de los ejemplares que con tal motivo se les faciliten.